

BOLSILLOS BALBUENA

PUNTO

ROJO

LA GATITA EN LA LUNA DE MIEL

Silver Kane



COLECCION

PUNTO ROJO



LOU CARRIGAN

LA GATITA EN LA LUNA DE MIEL

Colección **PUNTO ROJO** n.º 827
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 46.937 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta colección: febrero, 1978

© Lou Carrigan - 1973

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección LA HUELLA:

140. — Tempestad en un vaso de agua.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

372. — El valle que quedó en el olvido.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

227. — El hombre que ya murió.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

306. — Cementerio particular.

En Colección PUNTO ROJO:

819. — No señales con el dedo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.436. — Siempre estamos muriendo.

CAPÍTULO PRIMERO

—*Maman, que je peux avoir une pomme, te plait
est-ce
s'il
?*

—*Naturellement, mon petit.*

—*Merci beaucoup, Maman.*

—*Pas de quoi, mon cher.*

*Alors, le petit Jacques il a su pomme, une grosse pomme, et il la
mange avec...*

¡Ding-dong!

Ramsey Lorigan acabó de deslizar la afiladísima cuchilla de afeitar hasta la punta de su mentón, refunfuñó algo, detuvo la marcha del pequeño magnetófono a cassettes, y salió del cuarto de baño, en calzoncillos y con media cara llena de jabón, pero siempre absolutamente impresionante debido a la pasmosa masa muscular que vibraba en todo su cuerpo al menor movimiento.

Al pasar por la pequeña salita de su apartamento dirigió una hosca mirada al pequeño reloj de pared que simulaba la rueda de gobierno del timón de un barco. Caracoles, eran sólo las siete y cuarto de la mañana. Una hermosa mañana de julio, pero una hora de lo más repugnante para andar por las casas fastidiando a la gente.

Cuando abrió la puerta del apartamento, se quedó pálido.

—Oh, no —gimió—. ¡No!

En el pasillo había un hombre de unos cincuenta años, cabellos entrecanos, mirada de águila, fija y penetrante, gesto duro y resuelto. Este hombre parpadeó atónito al ver la musculatura de Ramsey, y en seguida, sonrió.

—Buenos días, Ramsey —saludó—. ¿Puedo pasar?

—No, señor —masculló Ramsey—; no puede usted pasar. ¿Por qué no se va de vacaciones a Alaska, pongo por ejemplo? Y mientras usted disfruta de sus vacaciones allá, yo haré mis pequeños trabajos en la Delegación... Precisamente, dentro de quince minutos iba a salir para allá.

—Lo sé. Pero no hará falta que te molestes en eso muchacho —dijo el hombre, ya dentro del apartamento cerrando la puerta—. Caray, nunca te había visto en calzoncillos, así que estoy sorprendido: tienes musculatura de boxeador.

—Quizá se deba a que he boxeado mucho —masculló Ramsey.

Dio media vuelta, y se dirigió al cuarto de baño, donde procedió a poner de nuevo en marcha el pequeño magnetófono a pilas y a continuar afeitándose.

... *tres bon appetit. Le petit Jacques...*

Clic, se oyó el sonido del magnetófono al ser detenido de nuevo. Ramsey se volvió hacia su visitante, que apartaba la mano del magnetófono recién detenido.

—Usted no tiene derecho a impedirme estudiar francés, se lo advierto —gruñó.

—Desde luego que no —sonrió el otro—. Al contrario, me parece estupendo que lo esté estudiando. Demuestra un afán de perfeccionamiento personal y un gran amor al servicio. Eres un gran chico, Ramsey.

—No me gusta que me den coba.

—Pero si no es coba, hombre —el visitante se sentó en el borde de la bañera—. Yo no tengo por qué dar coba a mis hombres, además. Aunque quizá tú estás olvidando que yo soy tu jefe.

—No, señor, no olvido nada... Pero mi trabajo empieza a las ocho de la mañana, no a las siete y cuarto. Y, fíjese bien, jefe, mis vacaciones empiezan el lunes, esto es, pasado mañana. ¡Tengo derecho a mis vacaciones, y...!

—¿Quién dice que vas a perder tus vacaciones?

—¡Je, ésta es buena! ¡Usted me las ha fastidiado ya tres veces! Pero esta vez no estoy dispuesto a consentirlo. Mire, jefe, de aquí al lunes, yo puedo hacer lo que usted quiera: pequeñas cosillas, los dos turnos de noche... En fin, todo lo que quiera. Pero, ya conozco esa expresión de usted: ha venido a encargarme un trabajo que me llevará por lo menos una semana... Uno de esos trabajos que usted

dice que sólo yo puedo hacer, y que por tres veces me han fastidiado mis vacaciones. Pues bien: se acabó. En la sección hay muchachos estupendos que pueden hacer lo mismo que haga yo, y algunos de ellos mejor que yo mismo. Por lo tanto, dos puntos, Ramsey Lorigan, se larga el lunes a París, a disfrutar de sus treinta y cuatro días de vacaciones acumuladas y acabar de aprender el elegantísimo idioma francés. Punto. ¿Okay?

Potters, que acababa de encender tranquilamente un cigarrillo, dijo, echando humo:

—Supongo que piensas hacer el viaje en avión.

—Exactamente. Se sube en ese pájaro de hierro, y, en menos que se lo piensa, ¡zas!, ya está en París.

—Sí, es verdad. Pero quizá te gustaría ahorrarte setecientos dólares y tener una semana extra de vacaciones.

Ramsey quedó como petrificado, con la cuchilla pegada a su barba, y mirando por el espejo a su jefe.

—¿Cómo dice? —Se pasmó.

—Sigue afeitándote mientras te explico lo que ha pasado. Vamos a ver: un tipo llamado Jack Darren, que trabaja para el Pentágono en la creación de nuevas armas, está ahora en una clínica de Washington, gravemente herido. Pero, antes de desmayarse y quedar en tal estado que quizá no salve la vida, le hemos... convencido de que debía sincerarse con nosotros. Es decir, con nuestros compañeros de la capital, que le estaban vigilando hacía días...

—¿Por qué? —preguntó Ramsey, que había dejado de afeitarse.

—Bien... Tú sabes que nosotros somos muy desconfiados, y que procuramos ejercer un... control sobre aquellas personas que, en determinado momento podrían... perjudicar nuestra seguridad nacional. Al parecer, últimamente, las idas y venidas del tal Jack Darren habían llamado la atención de la central en Washington... Se le vio un par de veces reuniéndose en sitios poco lógicos con un sujeto al que, naturalmente, sometieron a vigilancia. El tal sujeto, que es un hombre de unos sesenta años, de aspecto bonachón, pacífico e inofensivo, se alojaba en una pensión, en Washington, con el nombre de Burton Kasten...

—¿No es su verdadero nombre, supongo?

—No lo sabemos. Pero los muchachos de Washington sí se

enteraron anoche mismo de una cosa: el pájaro había volado, les había dado esquinazo.

—Quiere usted decir que ese Kasten ya no apareció por su pensión.

—Exactamente, lo perdieron, Ramsey. Y nuestros compañeros no son tontos, ¿verdad?

La conclusión a que llegaron no podía ser más fácil: el tal Burton Kasten no es un novato, sino un tipo que está acostumbrado a estas cosas. Sin embargo, durante algunos días nuestros compañeros no habían tenido la menor dificultad en seguirlo, controlarlo. De pronto, tras una última entrevista con Jack Darren, nos deja con un palmo de narices, muy hábilmente. ¿Qué opinas de esto?

Ramsey se pasó una mano por la cara..., llenándosela de jabón. Frunció el ceño, volvió a colocarse el jabón en la cara, y masculló:

—Hasta un niño comprendería eso, señor... Sea lo que fuere que Kasten esperase de Jack Darren, anoche lo consiguió. Entonces, llegó el momento de despistar a la CIA, y desapareció con lo que fuese que Jack Darren le hubiese entregado.

—Exacto. ¿Qué más?

—Pues nuestros compañeros fueron entonces a aclarar ya las cosas con Darren, éste intentó escapar, y quizá les hizo frente, y le metieron un par de balas en la barriga... ¿No?

—Y una en la pierna derecha —puntualizó Potters—. Está muy mal, ya te he dicho que quizá muera; pero él se lo buscó. De todos modos, malherido y atrapado, se acobardó, y supongo que intentó reducir al máximo sus condenas colaborando con nosotros. Nos dijo, si no entendimos mal, que en efecto, le había vendido cierta fórmula del Pentágono a ese Burton Kasten, y que no sabía dónde podía estar Kasten, pero que le parecía que quizá Kasten fuese a viajar en el *Oceanic*, según había deducido por algunas palabras de él.

—Ya. ¿Y qué es el *Oceanic*?

—Un trasatlántico de lujo que hace la travesía Nueva York-París. Es decir, Nueva York-El Havre.

—¡Estupendo! ¡Podemos acceder a las listas de pasajeros de ese barco, y...!

—Ya lo hemos hecho: Burton Kasten consta en esas listas.

—Caracoles, qué bien... Sólo hay que esperar a que aparezca en el barco, echarle mano y... No. No, ¿verdad?

—¿Tú qué crees?

Ramsey Lorigan se volvió hacia el espejo, dedicó todo un minuto a acabar de afeitarse, se lavó la cara retirando el jabón, y se contempló con gesto crítico. Bueno, no estaba nada mal, ésa era la verdad...

—Pues yo creo, señor, que pueden suceder dos cosas. Una, que Burton Kasten no aparezca jamás a tomar el *Oceanic* y, a decir verdad, me parece lo más lógico. Dos, que aparezca, en efecto, pero en este caso es más que probable que ya no lleve encima esa fórmula del Pentágono. Entonces, surge una subdivisión de probabilidades: a) esa fórmula ya está viajando Dios sabe hacia dónde; b) puede que él la lleve encima, pero la tiene que entregar a alguien en el *Oceanic*. Yo optaría por la primera, ya que si sabe que la CIA lo estaba siguiendo, no va a ser tan tonto, de llevar esa fórmula encima. Por lo tanto, la ha enviado a... París, por ejemplo.

El inspector Potters asintió, con gesto serio.

—En París lo estarán esperando nuestros compañeros de allá —murmuró—. Mientras tanto, hemos pensado que no tenemos por qué descuidar la vigilancia de Kasten en ningún momento.

—Malditos puercos traidores... ¡Cuenta conmigo, señor!

Potters sacó un sobre del bolsillo, y lo tendió al agente de la CIA.

—Tu pasaje en el *Oceanic* —sonrió.

—Usted sabía que yo aceptaría de muy buena gana este trabajo, ¿verdad? —refunfuñó Ramsey.

—Naturalmente, hombre. Siempre estás protestando por tus vacaciones para ir a París a aprender de verdad el francés, así que te elegí para el viaje. La CIA lo paga, ida y vuelta. O sea, que te ahorras setecientos dólares, o algo así. Además, en un barco de ésos se pasa estupendamente. Luego, una vez en París, considera que comienzan tus vacaciones.

—Jefe —dijo solemnemente Ramsey—: Usted es como mi segundo padre.

—Gracias. ¿No miras dentro del sobre? Hay varias fotografías de Burton Kasten, que fueron tomadas por nuestros compañeros de Washington.

Ramsey sacó las fotografías, y estuvo mirando el rostro de aquel hombre, durante medio minuto. Luego, las devolvió a Potters diciendo:

—Este sujeto ya no se me despista, señor, se lo aseguro.

—Lo sé. Ramsey: Hay que recuperar esa fórmula, sea como sea.

—La recuperaremos. Por cierto: ¿de qué se trata esa fórmula, si es que puedo saberlo?

—Es un nuevo metal, al que han llamado Adantio-90. Una aleación durísima y de una ligereza tal que no sólo se ha pensado en ella para la construcción de satélites artificiales, sino para la fabricación de armamento.

Por ejemplo, uno de nuestros grandes barcos de guerra podría aligerar en dos tercios el peso de sus cañones de gran potencia, lo cual implicaría una mayor velocidad de navegación, lo que a su vez, en una posible contienda daría una invencible agilidad a nuestras flotas, lo que a su vez...

—Caracoles, ya lo he entendido —exclamó Ramsey.

—Me alegro. Sé cauto. Ramsey. Nosotros seguiremos esperando que Jack Darren esté en condiciones de volver a hablar, y si supiésemos algo más, yo mismo te enviaría un telegrama al barco.

—Muy bien. ¿Y cuándo sale ese barco?

—A las once.

—¿De esta noche?

—De esta mañana.

—¡Demonios! —respondió Ramsey Lorigan—. ¡Y yo todavía tengo que hacer mi equipaje...!

CAPÍTULO II

¡Qué bello es navegar!

Atrás habían quedado los muelles, los pañuelos que se agitan en despedida, algunas lágrimas y muchas risas. Adiós, Nueva York; adiós, América... Tres horas más tarde, América había desaparecido, como tragada por el mar, a popa del imponente y lujoso trasatlántico *Oceanic*, que, según cálculos de Ramsey Lorigan navegaba por lo menos a veinticinco nudos, dejando una amplísima estela de blanca espuma...

Pero Ramsey ya no contemplaba la espuma. Estaba tumbado en una extensible de la cubierta de botes, contemplando el intenso azul del cielo..., y, de cuando en cuando, siempre entornados los ojos, a Burton Kasten, que ocupaba otra extensible a poca distancia.

No lo había perdido de vista ni un segundo desde que abordó el barco. Había estado esperando, lo había visto llegar, dirigirse a su camarote de la primera clase, en la cual, naturalmente, se había encargado la CIA de conseguir otro camarote a su agente Ramsey Lorigan. No. No lo había perdido de vista ni un segundo, ni siquiera cuando fueron a almorzar al estupendo comedor, que parecía una terraza asomada al mar.

—Caracoles —había reflexionado Ramsey—, ¡ahora comprendo por qué llaman a estos viajes «cruceros de placer»! ¡Lo que me he estado perdiendo!

Dejó de contemplar abiertamente el cielo y disimuladamente miró a Burton Kasten para regresar su interés al plano del trasatlántico *Oceanic*. Era fabuloso: tenía piscina, cine-teatro, tiendas, enfermería, televisión en circuito cerrado, solárium, sala de juegos, bares, dos salas de fiesta... El no-va-más. Uno se encontraba allí más o menos con las mismas posibilidades que en Nueva York, pero con menos habitantes. Bastantes menos. Entre la tripulación y los pasajeros, cabían en el *Oceanic* unas dos mil personas, según

explicaba el folleto. Clase primera, clase segunda, clase turista... Cuanto menos «clase», más abajo estaban los camarotes.

Por ejemplo, la primera clase estaba en la cubierta de botes, y, encima mismo, más estrecha, estaba la cubierta de juegos diversos y solárium, además de las perreras. La segunda clase estaba inmediatamente debajo, con una gran cubierta hacia popa, a cuyo nivel inmediatamente inferior, estaba la piscina. Y en último lugar, la clase cuyos camarotes exteriores sólo tenían, y no todos, un mirador hacia el mar: el ojo de buey. Pero, así es la vida: cuanto más tengas, mejor lo pasas...

¿Se habría dado cuenta ya Burton Kasten de que él lo estaba vigilando?

Volvió a mirarlo, de soslayo, entornados los ojos. Parecía dormir, y su aspecto no podía ser más inofensivo, en efecto. Y bonachón. Tampoco cabían muchas cábalas acerca de su edad: ni uno menos de sesenta. Menudo, delgado, de buenos modales que Ramsey había ya observado durante el almuerzo... Vestía bien, y muy adecuadamente a su edad, con discreción y seriedad.

«Qué demonios... —pensó—. Parece un simpático profesor de Historia, o algo así. Pero el muy cochino, junto con el todavía más cochino Jack Darren, nos ha robado una fórmula... ¿Para quién? ¿A quién está sirviendo Kasten? Quizá a los rusos, quizá a nadie, pues puede ser un agente independiente, un viejecito listo y veterano que sabe sacar partido a estas cosas... Un águila, vamos. Así que nada de confiarse con él».

Unas gaviotas pasaron por encima del barco, y Ramsey las miró estupefacto. Según cálculos matemáticos estaban a no menos de ochenta millas de la costa, así que, ¡zambomba, si volaban aquellos pajarracos!

¡Miau!

La estupefacción de Ramsey aumentó. ¿Miau?

¡Zambomba, si eran raras aquellas gaviotas! Pero claro, no podía ser: una gaviota no maúlla. Bajó la mirada, desconcertado, y miró hacia su derecha, por rutina, pues Kasten estaba hacia allí...

Y se quedó mirando el hermosísimo gato que, a su vez, lo miraba a él. O lo parecía. Caracoles, ¡qué hermoso gato! Tenía los ojos verdes como el más verde de los verdes colores del mundo, y su cabeza era grande, y sus bigotes sensacionales, bellísimo el largo

pelaje blanco como la espuma del mar... Fantástico, increíble, absolutamente pasmoso.

Pero, por detrás del gato, apareció otra cabeza: una cabeza humana. Y Ramsey Lorigan quedó una vez más estupefacto. ¿Estaba viendo visiones? La cabecita era de una mujer. Una mujer tal que a Ramsey le dio la cabeza un millón de vueltas en una fracción de segundo: jamás en su vida había visto nada igual, en cuanto a belleza. Largos cabellos rubios, frente despejada, ojos de color de las lilas, boquita de amor eterno, barbilla graciosísima agresiva...

—¿No es encantadora? —Oyó la voz un tanto cascada, junto al gato—. ¡Usted le está gustando!

Ramsey parpadeó, y consiguió desviar la mirada hacia el gato. Es decir, que entonces vio que el animalito estaba en el regazo de una dama de alrededor de sesenta años, muy elegante y bella, de sonrisa amable, simpática. Una dama que, con su gato, se interponía entre él y la bellísima cabeza de rubios cabellos.

—¿Cómo dice, señora? —murmuró Ramsey. La dama amplió su simpatiquísima sonrisa.

—Digo que ella es encantadora, y que usted le gusta. La mirada de Ramsey volvió hacia la cabecita de la preciosa muchacha, sentada al otro lado de la dama. —¿De veras? ¿Yo le gusto a ella?

—Sí, sí... Estoy segura. ¡Acaba de decírmelo! —afirmó la dama.

—Pues... ¡Caracoles, me parece estupendo, señora!, la mirada de Ramsey volvió otra vez hacia la preciosa cabecita. —¿Sería tan amable de presentarnos?

—¡Cómo no...! Mmm... Bueno, no sé su nombre, señor.

—Oh... Ramsey Lorigan.

—Mucho gusto, joven. Yo me llamo Marsha Carruthers. Le presento a «Salomé»... «Salomé», saluda al señor Lorigan.

¡Miau!

Una vez más estupefacto, Ramsey desvió la mirada de la joven sentada al otro lado de la dama, y se quedó contemplando el gato que la anciana tenía en el regazo.

—Perdón, señora —masculló—: ¿a quién acaba usted de presentarme?

—¡A «Salomé», a mi gatita! Ya le he dicho que usted le gustaba... ¿No le parece encantadora?

De buena gana, Ramsey Lorigan habría dado la respuesta

adecuada, pero sonrió cómo podría hacerlo un cocodrilo.

—Oh, sí. Encantadora. ¿Qué tal? ¿Cómo estás, bella y encantadora «Salomé»? —se interesó, tomando una pata de la gata como si le estrechase la mano.

Marsha Carruthers se echó a reír, con un regocijo tal que el espía se sintió enormemente mosqueado.

—¡Me parece, señor Lorigan, que no era ésta la presentación que usted esperaba!

—Pues, francamente, no, señora.

La señora Carruthers señaló ahora hacia la bella muchacha de la cual sólo podía ver Ramsey la cabeza. Y en aquel momento preferiría no haberla visto, porque vio en los ojos color lila la más grande expresión de pitorreo de su vida.

—Le presento a la señorita Arlene Merkin; es mi dama de compañía, por decirlo así, para este viaje. Arlene, querida, espero que haya usted oído el nombre del señor Lorigan.

—¿Qué tal? —Aumentó el pitorreo en los ojos color lila—. ¿Cómo está usted, señor Lorigan?

—Muy... —Gruñó Ramsey—. Muy bien, gracias. ¿Y usted?

—También muy bien, gracias. Veo que le gustan muchos los gatos.

—Bueno —frunció el ceño Ramsey—, no se puede negar que «Salomé» es un hermoso gato... quiero decir, gata. ¿Está casada?

Marsha Carruthers volvió a reír..., y su risa aumentó cuando Arlene Merkin replicó a la impertinencia de Ramsey del modo más adecuado del mundo:

—Divorciada. ¿Piensa usted pedir su mano?

La sonrisa de cocodrilo volvió a aparecer en la angulosa cara de Ramsey Lorigan.

—¿Por qué no? Me, encantan las novias vestidas de blanco.

—Santo cielo —seguía riendo Marsha Carruthers—, ¡parecen ustedes un gato y una gata en plena pelea! Vamos, vamos, señor Lorigan: ¡debe usted ser más amable!

—De acuerdo: es un placer conocerla, señorita Merkin.

—Lo mismo digo, señor Lorigan: espero que disfrute usted mucho de este viaje.

—Gracias, muy amable. Le deseo idéntico disfrute.

—Gracias, gracias.

—Bueno —rió de nuevo Marsha Carruthers—, ahora que las cosas están mejor encauzadas, podemos charlar con más agrado. Vamos a ver, señor Lorigan: ¿está usted en primera clase, naturalmente?

—Naturalmente, señora.

—¿Viaja solo?

—Pues sí... Viajo solo, tengo veintinueve años, me gano bien la vida, tengo buenos amigos, soy soltero... ¿Le parezco un buen partido para «Salomé»?

—¡Es usted simpático! —Tuvo que reír una vez más la dama—. ¡Y «Salomé» lo notó en seguida! No crea usted que hace amistad con cualquiera, no...

—Pues me mira de un modo que yo no definiría como amistoso, francamente.

—Oh, es el modo de mirar de los gatos... Parece que miran más allá de uno, mientras en su mente se están fraguando pensamientos perversos. Pero no. No, no, no... Los gatos, señor Lorigan, son tan fieles y buenos como los perros. ¿Le gustaría tener un poco a «Salomé»?

—Entiendo, señora Carruthers, que me está concediendo una especie de gran privilegio.

—Oh, yo no. En todo caso, «Salomé». Tenga, tenga. ¿Alguna vez ha acariciado usted algo tan fino, señor Lorigan?

No sin recelo, el espía tomó en sus manazas a la enamoradiza «Salomé», que emitió un maullido tremolante de evidente placer.

—Caracoles —sonrió Ramsey, como un niño que consigue hacerse amigo de un animalito—. ¡Pues sí es verdad que parece sentir simpatía por mí!

—Por algo será —intervino la bellísima Arlene Merkin—: Los animales tienen un finísimo instinto para estas cosas, según he oído decir.

—Lo cual demuestra lo que yo he dicho en muchas ocasiones —replicó Ramsey—: algunos animalitos son más listos que algunas personas.

Arlene Merkin enrojeció.

—Eso es una descortesía, señor Lorigan.

—No, no. Yo sólo seguía su conversación, señorita Merkin. Lo que pasa...

—Me parece —intervino plácidamente Marsha Carruthers— que mi pobre «Salomé» está dando lugar a una conversación poco amistosa. Y eso es lamentable. Arlene, querida: ¿sería tan amable de llevársela a mi camarote? Ya ha tomado bastante sol por hoy.

—*Mais oui, madame* —dijo Arlene, poniéndose en pie.

Todavía una vez más, Ramsey quedó estupefacto. Aunque no estuvo seguro de si fue por el hecho de que Arlene hablase en francés, o por la visión del resto de su persona, en perfecto acuerdo y armonía con su bellísimo rostro. Definitivo: Arlene Merkin era el bombón más bombón de todos los bombones que Ramsey Lorigan había visto en su vida...

—¿Le importa entregármela?

—¿Eh? ¿Qué...?

—La gata, señor Lorigan —tuvo que aclarar Arlene—: voy a llevarla al camarote de la señora Carruthers. ¿No lo ha oído?

—Oh, sí... Sí, desde luego —el agente se puso en pie y colocó el animalito en brazos de Arlene—. Adiós, «Salomé»: espero que seguiremos siendo amigos durante el viaje. Esto ...

¿Habla usted francés, señorita Merkin?

—La señorita Merkin —dijo Marsha Carruthers—, habla francés, italiano, y un poco de alemán. Es por eso que la he contratado para que me acompañe en este viaje por Europa.

—Vaya... Pero ¿lo habla bien, señorita Merkin? Me refiero al francés.

—Lo habla tan bien como el inglés —aseguró Arlene—. ¿Por qué le interesa tanto esto?

—Por nada... ¡Por nada! Ejem... ¿Qué le parece esto?: *Cet après-midi la je ne sais que faire...*

—¡Por Dios! —Lanzó una carcajada Arlene—. ¡Es la pronunciación más espantosa que he oído en mi vida! Además, si usted no sabe qué hace esta tarde, ¿por qué no duerme la siesta?

Y se fue con la gatita, caminando de un modo que mantuvo a Ramsey Lorigan sin ánimos ni para respirar, hasta que desapareció de la cubierta...

—Yo de usted —dijo amablemente Marsha— no dejaría las cosas así, señor Lorigan. Yo estoy en el camarote G, y Arlene en el H.

—Yo estoy en el M. Pero ¿por qué dice esto, señora?

—Sabiendo el camarote de una persona, se la puede localizar

fácilmente. Le diré una cosa: pocas veces he visto a un hombre y una mujer que congenien tan rápidamente como Arlene y usted.

—Debe estar bromeando —sonrió Ramsey, sentándose.

—De ninguna manera. Sólo me pareció que usted agradecería la información de dónde localizar inmediatamente a Arlene.

—Pues. —Ramsey volvió a sonreír— se lo agradezco de veras, pero usted me parece más simpática que ella.

—Es usted muy amable.

Otra vez apareció la sonrisa de cocodrilo del agente de la CIA, mientras pensaba que, naturalmente, no iba a decirle a Marsha Carruthers que no era su simpatía lo que le retenía a él allí, sino la existencia y presencia de Burton Kasten, que, al parecer, seguía disfrutando de su dormidita al sol. Pero, demonios, si tanto sueño tenía, ¿por qué no se iba a su camarote a dormir?

Marsha Carruthers seguía hablando, y Ramsey parecía prestarle muy cortésmente su atención, pero, mientras tanto, pensaba en el dormido Burton Kasten. ¿Dormido?

¿Realmente? La idea fue penetrando en la mente del espía cada segundo más insistentemente, y a cada segundo le parecía que la idea era como una aguja helada que estaba destruyendo su tonto cerebro... ¿Habían matado a Kasten ante sus narices?

—... y después de Francia, posiblemente iremos a Suiza. Tengo entendido...

—Perdón, señora —murmuró Ramsey—. Discúlpeme: olvidé resolver un pequeño asunto en Nueva York, y no tengo más remedio que enviar un cable con toda urgencia.

—Oh... Bueno, entiendo. ¿A qué se dedica? Parece un deportista, señor Lorigan.

—Lo soy, en efecto: boxeador. ¿Me disculpa?

—Sí, sí, por supuesto.

Ramsey, que se había incorporado en la extensible, acabó de ponerse en pie, se despidió con simpático gesto, y echó a andar hacia Burton Kasten, cuya inmovilidad era absoluta. El hombre de la CIA estaba aterrado ante la perspectiva de tener que enviar un cable a su jefe diciendo que le habían matado a Kasten ante sus propios ojos...

Deliberadamente, por supuesto, tropezó con las extendidas piernas de Burton Kasten, temiendo que no habría reacción alguna.

Pero el inofensivo anciano respingó al recibir el golpe, y se sentó en la extensible, muy abiertos los ojos, mirando a todos lados...

—Lo lamento —se apresuró a disculparse Ramsey, conteniendo una exclamación de alegría—. Lo siento de veras, señor: perdóneme.

Burton Kasten parpadeó, y acabó sonriendo.

—No tiene importancia —dijo, muy amable—. Caramba, me había quedado dormido... Y no es bueno dormirse al sol.

—En tal caso —sonrió también Ramsey—, no dudo que usted debe estarme agradecido por mi torpeza.

—Pues... Bueno, es un curioso punto de vista —rió Burton Kasten—. ¿No le parece?

—Me temo que sí. Lo lamento, créame.

—Olvídelo, muchacho.

—Gracias, señor. Hasta luego.

—Adiós, adiós...

Ramsey siguió su camino, hacia la cubierta inferior.

Y una vez allí apresuró el paso, llegó al otro lado del barco, y subió siempre a toda prisa al otro lado de la cubierta de botes, y, desde allí, a la de juegos. Cautamente, se asomó, y suspiró silenciosamente al ver a Burton Kasten en el mismo sitio, encendiendo la pipa. Cinco extensibles más allá, Marsha Carruthers estaba leyendo un diminuto libro que debía haber tenido en el bolso. Arlene Merkin todavía no había regresado.

«Maldita sea —pensó el agente—, el jefe no debió enviarme a mi sólo para este trabajo. Antes de dos días, Kasten tiene que darse cuenta de que no le quito ojo de encima. Eso, si no se ha dado cuenta ya, pues esta clase de agentes, de edad avanzada, son unos zorros de cuidado... ¡Atención, se pone en pie!».

Lo veía desde arriba, realizando mil equilibrios para que Kasten no pudiese verlo si en cualquier momento se le ocurría alzar la mirada. Kasten se acercó a la borda, y estuvo apoyado en ella un par de minutos, fumando tranquilamente... De pronto, se volvió y miró a derecha e izquierda... Ramsey se apresuró a mejorar aún más su oculta posición. Desde la sala de juegos, que estaba tras él, llegaban los chasquidos de una pelota de celuloide: estaban jugando al *ping-pong*. Y más allá, un matrimonio de mediana edad jugaban al tejo...

Por supuesto, Kasten miró también hacia arriba, pero el espía sabía que no podría verlo. En pocos segundos, Kasten pareció convencerse de que no tenía nada que temer, y comenzó a caminar hacia la puerta que llevaba a la zona de camarotes.

La revelación fue como un pequeño estallido en la mente del hombre de la CIA: Burton Kasten tenía todavía lo que le había entregado el traidor Jack Darren. Tenía la fórmula, y por eso estaba cada vez más nervioso, porque ya se había dado cuenta de que le vigilaban, y quería deshacerse de ella, posiblemente entregándola a otra persona, o escondiéndola en otro lugar que no fuese su camarote o sobre sí mismo.

—La tiene, la tiene —se aseguró a sí mismo Ramsey—. De otro modo, lo único que tendría que hacer sería disfrutar el viaje. ¡Todavía tiene él esa fórmula!

Kasten había desaparecido ya por la puertecilla que daba al pasillo de camarotes de primera clase. Ramsey corrió hacia la escalerilla, y bajó a la cubierta de botes. Marsha Carruthers alzó la cabeza, lo vio, y parpadeó, sorprendida.

—Me parece que me he perdido —sonrió Ramsey—. Voy a intentarlo de nuevo.

No esperó a ver la reacción de la dama. Entró en el pasillo, que tenía forma de cuatro. Miró a su espalda, y no vio a Kasten, así que apretó el paso hacia la parte superior del número 4. Al llegar a la primera esquina, casi corría, girando a la izquierda. Lo hizo luego hacia la derecha, de modo que el último tramo de pasillo quedó ante él..., vacío. Pero, justo entonces, justo en el momento en que él aparecía, la puerta de un camarote se cerraba, a la derecha. Es decir, que no podía ser el de Kasten, porque éste ocupaba uno de los tres que había a la izquierda, al final del pasillo; concretamente, el P.

Bien, pero... ¿qué puerta era la que había oído el cerrarse? Adelantó unos pasos, indeciso. ¿Y si no era Kasten el que había entrado en un camarote que no era suyo, sino otra persona, precisamente la legal ocupante del camarote cuya puerta había oído?

Muy cerca de él, a la izquierda, estaba la Sea Room, la sala de lectura para los pasajeros de primera clase. Se asomó, pero no había nadie allí. Al menos, parecía que no había nadie, ya que todos los sillones de flamante piel estaban vacíos, así como el grandioso sofá

de la izquierda; y el de la derecha... Ramsey entró en el Sea Room, fruncido el ceño, y miró rápidamente detrás de los sillones y sofás. Bien: Kasten se había jugado el todo por el todo, evidentemente.

—Se me ha escapado... ¡Se me ha escapado, Santo Dios, y cualquiera sabe dónde ha podido esconder esa fórmula!

Abandonó la sala, regresando al pasillo, malhumorado, tenso..., y justo en aquel momento se abrió la puerta de un camarote, a su derecha, y Kasten quedaba visible en el umbral. Fue como una descarga eléctrica para ambos cuando sus miradas chocaron... Kasten palideció, se mordió los labios..., y llevó la mano derecha hacia su sobaco izquierdo.

CAPÍTULO III

Fue una acción tan inesperada, tan desesperada por parte de Burton Kasten, que durante una fracción de segundo, Ramsey pareció incapaz de moverse. En esa fracción de segundo, pudo ver cómo la mano derecha de Kasten reaparecía, con la pistola, que apuntó sin vacilaciones al agente de la CIA.

Pero para entonces, Ramsey Lorigan sí había reaccionado ya, y de modo fulminante: se dejó caer de rodillas, sacó su propia pistola a velocidad pasmosa, y disparó en el momento en que oyó la bala disparada por Kasten hundiéndose en algo, y el suave «plop» de su pistola, tan silenciosa como la del desesperado hombrecillo, que parecía dispuesto a disparar de nuevo...

Sólo que la puntería de Ramsey Lorigan resultó mucho mejor que la de Burton Kasten. El hombrecillo lanzó un grito, soltó la pistola, que cayó en el pasillo, y él desapareció, como disparado de espaldas, en el interior del camarote.

Ramsey corrió hacia allá, recogió la pistola, y entró en el camarote, tras dirigir una veloz mirada a su letra indicativa: la G. Inmediatamente, miró a Kasten, que yacía en el suelo, cara al techo, muy abiertos los ojos, temblando sus labios en un suspiro de agonía.

El agente se arrodilló junto al hombrecillo, y se mordió los labios al ver la herida en el pecho de Kasten. Bien seguro que su intención consciente no había sido matarlo, pero su instinto de conservación quizá había sido quien en definitiva dio la orden a su mano para el certero disparo.

No tenía la menor duda de que Kasten estaba agonizando, pero tampoco había dudas respecto a que no podía dejarlo morir así, sin más. Aunque supiese que no podía hacer nada por él, tenía que intentarlo. Llamaría al médico de a bordo... ¡Pero antes había que detener la hemorragia, como fuese!

La puerta del cuarto de baño estaba abierta, y Ramsey saltó hacia allá, entró, dio un tirón a la gran toalla de baño colgada en un gancho metálico..., y al bajar la mirada vio a «Salomé», la linda gatita persa de Marsha Carruthers, junto a sus pies prácticamente. El animal estaba encogido, agazapado, como presto a un ataque, erizado todo su hermoso pelaje, perversos sus ojos verdes...

—¡Fuuuu! —bufó de un modo escalofriante—. ¡Fuuuuuuuuuuu!

—Vete al demonio —masculló Ramsey.

Salió del cuarto de baño, doblando ya la toalla, se arrodilló junto a Kasten..., y quedó inmóvil, contemplando aquellos ojos tan abiertos, y que tan rápidamente parecían estar convirtiéndose en cristal. Burton Kasten ya no gemía, no agonizaba. No hacía nada, excepto estar muerto.

¡Ffuuuu...!

«Salomé», la linda gatita, saltó hacia él, como una tigresa en miniatura, pero no por ello menos peligrosa. Su imagen en el aire, erizado el pelaje, relucientes los ojos, extendidas sus poderosas uñas, erizó a su vez el vello a Ramsey, que reaccionó lanzando la toalla hacia la gata y saltando hacia un lado con tal ímpetu que fue a parar dentro de la bañera, con los pies hacia arriba, propinándose un tremendo trastazo contra el fondo en la cabeza...

¡Ffumaaaooo...!, rugió «Salomé».

Ramsey salió de la bañera como disparado por un cañón, aterrado, sacando de nuevo la pistola, pero «Salomé» se había desprendido de la gran toalla, y salía como un rayo blanco del cuarto de baño. Afuera, en el camarote, se oyó el rascar de sus uñas en el parqué, su desplazamiento furiosísimo hacia la puerta. Luego, el silencio.

—Demonios —jadeó Ramsey, estremecido—. ¡Demonios! ¡Y eso que le resulto simpático!

Se acercó de nuevo a Kasten, y miró a su alrededor. Sí, Kasten había entrado en aquel camarote, pero..., ¿cómo? ¿Y por qué? Muy pronto se dio a sí mismo las respuestas a estas dos preguntas. Cómo había entrado Kasten, lo supo al registrar a éste, y ver la pequeña navajita de usos varios; esta visión le empujó hacia la puerta, que abrió de nuevo, para examinar la cerradura; observó los pequeños arañosos, y asunto solucionado: Kasten había forzado la cerradura con la navajita.

—Caracoles, a eso le llamo yo habilidad... Tuvo que hacerlo en menos de seis segundos.

Pero sobre esto no cabían dudas. Y tampoco cabían dudas respecto a la identificación del aparato que había encontrado en el bolsillo interior derecho de la chaqueta de Kasten: era una radio. Una radio de bolsillo, un pequeño emisor-receptor cuyo alcance podía calcularse en un par de millas, quizá tres. Conclusión que parecía bastante aceptable: en el *Oceanic* había alguien que acompañaba a Kasten en el viaje, dispuesto a apoyarlo si las cosas se ponían mal. Y ese alguien sabía ya que un sujeto con facha de deportista que viajaba en primera clase se había estado ocupando de Kasten...

«Mal asunto —reflexionó—. Quienquiera que sea esa persona, sabe ya cómo soy yo, y que estoy metido en esto. En cambio, yo no conozco a nadie más. Mal asunto, Ramsey..., para ti, claro. ¿Quién puede ser esa persona... o esas personas?».

Esto dio lugar a que encontrase respuesta a su segunda pregunta de las primeramente formuladas: ¿por qué había entrado Burton Kasten precisamente en aquel camarote? La respuesta podría ser: porque Marsha Carruthers era la otra persona que viajaba con él, su cómplice. Pero tal respuesta no le satisfizo, porque habría implicado una gran ingenuidad por parte de Kasten. Así que encontró otra mucho mejor: Kasten había entrado precisamente en aquel camarote, porque sabía que su ocupante no se hallaba en él, con toda seguridad, ya que la había visto leyendo en cubierta. De donde se desprendía que Kasten tenía que saber cuál era el camarote de Marsha Carruthers, cosa nada extraordinaria, pues podía haberla visto llegar al barco y entrar en el camarote G. Fin.

Se guardó la radio, se puso en pie, y se rascó la nuca. Ciertamente, un camarote no suele ser un lugar muy complicado, pero un microfilme puede caber en cualquier sitio...

La explicación era simple, según parecía: «Salomé» había atacado a Kasten cuando éste entró en el camarote. Pero..., ¿era esto razonable? Si se hubiese tratado de un perro, el agente no habría tenido la menor duda: el animal habría atacado al intruso. Pero los gatos tienen un modo muy diferente de reaccionar: se agazapan, observan, esperan, en la más absoluta inmovilidad y silencio; si nada les afecta directamente, no hacen nada. Vigilan y

esperan. Nunca se arriesgan a menos que sea absolutamente inevitable: si la cosa no va con ellos, ¿por qué complicarse la vida?

«Sabia actitud», pensó Ramsey.

Pero, para entonces, estaba examinando ya las manos de Kasten, llenas de feroces arañazos, así que había que aceptar que, entre Kasten y «Salomé» había habido un pequeño combate. Y para que haya combate, ha de haber agresión por alguna de las partes. La pregunta era: ¿una gata se iba a molestar en atacar a una persona, para contentarse con hacerle unos pocos arañazos y luego a correr a refugiarse en el cuarto de baño?

La respuesta era: no.

«Entonces, fue Kasten quién se acercó a la gata, y el animalito se defendió... Se defendió..., ¿de qué? Por todos los demonios, ¿qué podía pretender Kasten de la gatita? Si vino aquí a esconder un microfilme, ¿por qué perder el tiempo con una gata que se debía limitar a mirarlo entre curiosa y asustada y desconfiada? ¿Por qué? Si yo vengo a esconder un microfilme aquí, ¿haría el menor caso a una gata, por linda que fuese y...?».

—No —movió la cabeza—. No, no puede ser, claro... Pero ¿por qué no? ¡Tiene que ser eso! ¡Vaya un viejo zorro...!

Se abalanzó hacia el teléfono, descolgó el auricular, y pulsó impaciente la horquilla...

—¿...?

—Por favor, póngame inmediatamente con el capitán. ¡Es muy urgente!

—...

—¡No me importan sus explicaciones! ¡Quiero hablar con el capitán en el acto, y le advierto...!

—...

—Está bien. Gracias. Espero. Estoy en el camarote G, de primera.

CAPÍTULO IV

Ronald D. Bower, capitán del *Oceanic*, llegó ante la puerta del camarote G, aún un poco fastidiado por la exigencia de aquel pasajero que le había citado allí, y que, para colmo, una vez consultadas rápidamente las listas, resultaba que no era ocupante de dicho camarote.

Compuso una mueca cortés, y llamó a la puerta.

—¿Quién es? —Oyó.

—El capitán.

La puerta se abrió, y el capitán Bower entró, abriendo la boca para empezar a preguntar... Se quedó así, súbitamente pálido, petrificado, fija su mirada en el hombre que yacía en el suelo. Cuando reaccionó, volviéndose hacia Ramsey Lorigan, éste había cerrado ya la puerta.

—Soy Ramsey Lorigan, de la CIA —dijo sencillamente.

—¿De la CIA? —musitó Bower.

—En efecto, capitán. Tenemos que actuar a toda prisa.

—¿Actuar...? ¿Qué ha pasado, qué está pasando en mi barco? ¡Ese hombre parece...!

—Está muerto. Yo lo he matado. Le aseguro que no era ésa mi intención, ni mucho menos, pero tuve que defenderme.

Ronald D. Bower se pasó las manos por el rostro, consternadísimo.

—Santo cielo...

—Tenemos que tomarnos las cosas con calma. Lo que ha sucedido ya no tiene remedio para ese hombre, pero sí para nosotros. Veamos: este barco es de nacionalidad norteamericana, ¿cierto?

—Sí, cierto.

—De donde se desprende que podemos considerar que todos los que estamos en el barco nos hallamos en territorio estadounidense,

y que usted es aquí la máxima autoridad.

—Naturalmente.

—Espléndido. Lo primero que puede hacer usted una vez hayamos retirado el cadáver es cablegrafiar a mi jefe. Con esto conseguiremos dos cosas. Una, que usted quede convencido respecto a mi personalidad. Dos, que mi jefe se entere de que Burton Kasten ha muerto y que, si procede, me envíe instrucciones. ¿Está de acuerdo?

—Por completo. Y ahora mismo voy a...

—Ahora mismo, no. Primero hay que retirar este cadáver del camarote de la señora Carruthers. Luego, tendrá usted todas las explicaciones que quiera, y, si me lo permite. —Ramsey sonrió—, unas cuantas instrucciones para salir de este pequeño apuro.

—¿Llama usted pequeño apuro a...?

—Es pequeño por ahora —cortó Ramsey—. Pero se va agrandando a medida que pasa el tiempo sin retirar a este hombre. La señora Carruthers, o su acompañante, la señorita Merkin, pueden venir aquí de un momento a otro. Podemos utilizar el servicio de lavandería, por ejemplo.

—¿El servicio de...? ¿Para qué?

—Para retirar el cadáver —frunció el ceño Ramsey.

—Pero... Oh, entiendo. ¡Demonios...!

—Espero que sepa usted elegir al personal más adecuado para esta recogida de ropas sucias, capitán, murmuró Ramsey. —Y espero también que haya comprendido que nadie debe saber nada al respecto.

Bower asintió con la cabeza, y descolgó el auricular.

Asintió con la cabeza, satisfecho de cómo había quedado redactado el telegrama, y tendió la hoja escrita a Ramsey, que negó con un gesto, encogiendo los hombros.

—Es cosa suya cómo pregunte a mi jefe si yo soy yo —dijo.

—De acuerdo. ¿Tiene el suyo?

El cablegrama redactado por Ramsey Lorigan decía:

«No pude evitarlo Kasten fallecido defensa propia espero posible información obtenida de Darren si ha podido ser interrogado tengo seguridad absoluta de que fórmula está a bordo y espero recuperarla muy pronto,

Ramsey».

—Está bien —murmuró Bower; miró al jefe de telegrafistas y le tendió ambos mensajes—. Mike, curse esto inmediatamente usted en persona, ¿entiende? Y no tengo que decirle que no haga comentarios con nadie sobre estos textos.

—Descuide, señor. ¿Algo más?

—No. Por ahora no...

—Si —contradijo Ramsey—. Deberán poner un hombre de la máxima confianza para que reciba las respuestas que no dudo llegarán muy pronto. Cuanto más limitemos el número de personas que saben lo ocurrido, mejor.

—Buena sugerencia —masculló Bower—. De momento lo sabemos nosotros dos, Mike, los dos tripulantes que seleccioné para recoger la ropa en el camarote G... ¿Y quién más? Nadie, ¿verdad?

—Hay más personas que lo saben, pero ésas tampoco harán circular la noticia, no se preocupe.

—¿Más personas? ¿A quién se refiere usted?

—No lo sé. —Ramsey sacó la pequeña radio requisada del bolsillo de Burton Kasten—. Pero sé que hay alguien más. Puede ser una sola persona, o varias... Y una gatita. Pero la gatita tampoco creo que vaya con el cuento a nadie. Esperemos que la encuentren pronto.

—¿Doy ya la orden para que la busquen por todo el barco?

—Todavía no...

—¿Algo más, capitán? —preguntó Mike.

—Por ahora no, Mike, gracias. Vaya a enviar eso.

—Sí, señor.

—Puede que me haya equivocado —dijo.

—¿A qué se refiere?

—Lógicamente, debería haber alguien en el barco que dispone de otro aparatito como éste, ya que de lo contrario, Kasten no tenía por qué llevar encima una radio... Debe haber alguien. Pero, si no es así, todo será más sencillo, ya que no tendremos competencia para buscar a «Salomé». ¿Hay veterinario en el barco?

—Naturalmente.

—Claro —sonrió Ramsey—: si admiten pasajeros caninos y tal, debe haber veterinario... Es excelente el servicio de este

trasatlántico: incluso hay buen lugar para tener en conserva un cadáver. Bien, ya avisaremos al veterinario en su momento. Ahora... me voy a permitir llamar de nuevo, a ver qué pasa.

Apretó otra vez el botoncito. Y en el acto, una voz masculina brotó del aparato, metalizada, vibrante, pero perfectamente audible e inteligible:

—¿Sí?

El espía reaccionó con toda serenidad.

—Soy Kasten —susurró—. Tengo que verte.

Hubo un par de segundos de silencio. Luego, la voz metalizada sonó de nuevo, con estas palabras:

—Más vale que se cuide, amigo. Ya lo sabe, ¿verdad?

La comunicación quedó cortada después de esto. El capitán miraba no poco inquieto a Ramsey, que sonreía secamente.

—¿Qué ha querido decir ese hombre?

—Pues ha querido decir —se puso en pie Ramsey— que quizá tenga usted que recoger mi cadáver en cualquier rincón del barco. Vamos para allá, si le parece, capitán.

—Ahí llega ese simpático muchacho —dijo Marsha Carruthers, sonriendo—. Y si no me equivoco, quien le acompaña es nada menos que el capitán del barco.

—Sí lo es —aseguró Arlene Merkin—. Parece que vienen hacia nosotras.

—¡Qué joven tan decidido! —exclamó la Carruthers.

—¿Decidido? ¿Por qué? ¿A qué se refiere usted?

—Pues se me ha ocurrido que ha ido a buscar al capitán para pedirle que los case a ustedes —rió Marsha Carruthers.

—¿Sin consultarme? —rió también Arlene.

—Oh, esta clase de hombres suelen ser muy decididos. Lo piensan y lo hacen, eso es todo.

—Buenas tardes, señora Carruthers, señorita Merkin...

—Muy buenas, en efecto —asintió Marsha—. Veo que sabe usted buscarse compañías simpáticas, capitán.

—¿Qué...?

—Se refiere al señor Lorigan —deslizó Arlene—: no cabe duda de que es simpático, ¿verdad?

—Pues... sí. Sí, sí, claro. Bueno, yo...

—Y yo he sido bastante antipática con él —frunció el ceño

Arlene—. No me gusta engañarme a mí misma, así que lo admito, ésa es la verdad. El señor Lorigan estaba siendo amable y simpático con la señora Carruthers, y yo me mostré un tanto... estúpida, me temo. ¿Cuento con su perdón, señor Lorigan?

—Escuche, señorita Merkin, si usted insiste en pitorrearse, le voy a dar una...

—No, no, por favor. Estoy hablando en serio: me mostré impertinente con usted, y lo siento. ¿No me perdona?

—No —masculló Ramsey.

Marsha Carruthers, el capitán Bower, y la propia Aliene se quedaron mirándolo estupefactos.

—¿No me perdona? —exclamó Arlene.

—No.

—Vaya, muchacho —reprochó Marsha—, no está usted siendo muy amable ahora. Ni siquiera cortés. Cuando una señorita pide disculpas por algo, un caballero debe...

—Señora Carruthers —cortó Ramsey—: ¿sabe usted que su gata se ha marchado?

—¿Qué dice? —Se pasmó la dama.

—Es lo que venía a decirle, señora Carruthers —intervino Bower, inquieto—. Bueno, el asunto no es exactamente como lo ha enfocado el señor Lorigan, desde luego...

—¿Cómo saben que mi gata se ha marchado? —Se afiló la voz de Marsha.

—Pues...

—Yo la dejé en su camarote, señora —aseguró Arlene—. Lo cerré con llave, y le he devuelto la llave a usted, así que no es posible que «Salomé» haya salido del camarote.

—Ejem —carraspeó Bower—. Bueno, el asunto es tan delicado que...

—¡Quiero saber dónde está «Salomé», y qué es lo que ustedes están tratando de decirme! —Se puso en pie Marsha.

—Señora Carruthers, por favor —suplicó Bower—. Por favor, no llamemos la atención, se lo suplico. Le aseguro a usted que vamos a encontrar en seguida a su gatita: tengo a toda la tripulación buscándola... Permítame que le explique Es muy enojoso, pero, al parecer, alguien ha pretendido robar en su camarote.

—¿Cómo? ¿En mi...?

—Sí. El señor Lorigan fue quien me avisó, hace unos minutos... Pasó por delante de su camarote, vio la puerta entreabierta, y llamó, creyendo que dentro estaría la señorita Merkin. Bueno, al no recibir respuesta, volvió a llamar, y como tampoco le respondieron, se alarmó, así que empujó la puerta, temiendo que pudiese estar usted dentro, quizá indispueta...

—¿Yo? —se asombró Marsha.

—Es lo que pensé —farfulló Ramsey—. A fin de cuentas era su camarote, y... Bueno, pensé que quizá se había mareado... No sé. Me pareció que al estar la puerta abierta, y no contestar nadie a mis llamadas, podía haber ocurrido algo. Y así fue, aunque por fortuna, usted está bien. En cambio... Bueno, parece que alguien forzó la puerta de su camarote y entró a robar, señora Carruthers: apenas entrar lo vi todo revuelto, cosas por el suelo, cajones abiertos... Usted entiende. Y como yo sabía que la señorita Merkin había llevado a «Salomé» a su camarote, se me ocurrió que la gata había escapado al entrar el... intruso. Y al venir aquí y no verla con ustedes, me he convencido de ello.

—Pobrecita... ¡Mi pobre gatita! —exclamó Marsha—. ¡Tenemos que...!

—¿Tenía usted joyas o dinero en el camarote, señora Carruthers? —Frunció el ceño Bower.

—Sí... Oh, poca cosa, claro...

—Sería conveniente que usted mirase si le falta algo, señora Carruthers. Por mi parte, le aseguro que haré todo lo posible por recuperar lo que hayan podido robarle, pero... Bien... Bueno, ya comprendo que...

—Usted quiere que sea discreta, ¿no es eso?

—Se lo agradecería muchísimo —suspiró Bower.

—La señora Carruthers me parece una gran dama —dijo el espía—. Estoy seguro, capitán, de que no es de las personas que complican las cosas. Por favor, señora: no me haga usted quedar mal después de elogiarla tan claramente.

—De acuerdo —sonrió Marsha—. Seré discreta en todo. Pero —alzó amenazadoramente un dedo—, ¡este barco va a naufragar como no aparezca mí «Salomé», capitán! ¡Y en eso no admito arreglos de ninguna clase!

—Lo están buscando ya... ¿Le parece que echemos un vistazo a

su camarote?

Fueron los cuatro, y, al entrar, Marsha Carruthers lanzó una exclamación, mirando consternada a todos lados, contemplando el desorden en que se hallaba todo.

—Oh, Dios mío...

Corrió hacia la cómoda, metió la mano dentro de uno de los abiertos cajones, y se quedó inmóvil. Arlene miraba a Ramsey, y éste a Bower.

—¿Le falta algo, señora? —murmuró Bower.

—Mis joyas... Y algo de dinero en efectivo: alrededor de mil dólares. Estaban aquí, en este cajón... ¡Me han robado! «Salomé» —llamó—. «Salomé», gatita...

—Ya le he dicho que no está —insistió Ramsey—. Pero a la gatita la encontraremos. Las joyas y el dinero ya es otra cosa.

—No es momento de reproches, señora Carruthers, lo sé —dijo Bower—, pero creo que debió usted llevar sus joyas y el dinero a la caja fuerte de la Administración.

—Oh, sí, pero ¡es tan molesto! Hay que estar siempre yendo y viniendo, pidiendo tal cosa, tal cantidad. ¡Tienen que encontrar a «Salomé»!

—Sí, sí... Respecto a las joyas, emprenderemos una investigación, claro. ¿Podría usted describir las?

—Oh, no había gran cosa: un collar de perlas; dos pares de pendientes, unos de oro y otros de platino con brillantes; dos brazaletes de plata con esmeraldas; un prendedor de platino con diamantes; un collar de diamantes... No recuerdo nada más. Ah, sí... Bueno, tres o cuatro sortijas.

Ramsey emitió un silbidito de admiración.

—Caracoles, ¡buen botín!

—¿Se lo parece a usted? —preguntó Arlene, mirándolo fijamente.

—Claro. ¿A usted no?

—Yo no robaría ni una manzana, señor Lorigan. Ramsey frunció el ceño.

—Oiga, ¿qué está tratando de...?

—Bien —dijo Bower, dejando de anotar en su libretita de tapas negras—, ya está apuntado. Nos ocuparemos de ello, señora Carruthers, y ojalá tengamos suerte.

Mientras tanto, me permito insistir en mi ruego de que no divulgue lo ocurrido..., por favor.

—No diré nada, no... Quede tranquilo, capitán. ¿Van a buscar a «Salomé»?

—Por todo el barco, señora. Lamento mucho lo ocurrido, se lo aseguro, y le agradezco su comprensión. ¿Viene usted, señor Lorigan?

—Sí, será lo mejor —gruñó Ramsey, mirando torvamente a Arlene—. Oiga, ¿qué ha querido usted decir, encanto?

—¿Yo? —Lo miró altivamente Arlene—. Creo que sólo he dicho que no robaría ni una manzana, señor Lorigan. Nada más.

—Me parece, querida, que no debió decir eso.

—¿El qué?

—Bueno, aunque el capitán y yo nos hayamos hecho un poco los tontos, hemos interpretado sus palabras en el mismo sentido que las ha interpretado nuestro simpático boxeador. La impresión ha sido que usted no confiaba mucho en el apuesto señor Lorigan.

—Bueno...

—Vamos, vamos... Hay que tener más fe en la gente, querida niña.

—¿En qué gente? ¿En la que le ha robado a usted?

—No —rió Marsha—. ¡Caramba, en ésa no! Pero tengo la certeza de que ese rubio púgil lleno de músculos no es un ladrón.

—Quizá no lo sea —titubeó Arlene—. Pero ha podido ser él quién se llevase las joyas y el dinero, ¿no? He visto en muchas películas esa clase de tipo: guapo, simpático, servicial, atento, educado, con un maravilloso aspecto deportivo...

—Vaya... Parece que a usted ya no se le despista el señor Lorigan —volvió a reír Marsha, maliciosamente—. Y además, lo ha descrito muy bien.

—Reconozco que me gusta —sonrió Arlene—. Pero puede haber sido él quien ha robado, ¿no es así?

—Desde luego. Y también ha podido ser usted.

—¿Yo? —Palideció Arlene Merkin.

—Claro, querida... Le dije que viniera a traer a «Salomé», y usted tardó más de media hora...

—¡Fui a buscar unas revistas a una tienda de abajo! —Casi gritó Arlene.

—Sin duda, querida, sin duda... Pero también pudo robar las joyas y el dinero, revolverlo todo, dejar marchar a «Salomé», y luego ir a esconder las joyas, o entregárselas a un cómplice...

—¡Señora Carruthers!

—Tranquilícese, hijita. Sólo trataba de demostrarle que las apariencias suelen ser engañosas. ¿Lo he conseguido?

—Escuche usted, señora Carruthers —dijo fríamente Arlene, alzando la barbilla—: estoy acompañándola en este viaje porque necesito dinero para terminar mis estudios de Botánica, y prefiero hacer un hermoso viaje que trabajar en cualquier otra cosa en Nueva York. Pero, aunque usted no me pidió referencias ni esas cosas que se piden, puede informarse ampliamente sobre mí en cualquier parte que...

—Vaya, caramba —se reprochó Marsha—, parece que la he ofendido seriamente, y no ha sido ésa mi intención. Lo siento de veras, hijita. Vamos, sea tan buena de perdonarme, sólo quería demostrarle que ha podido molestar seriamente a nuestro atleta. Oh, pobrecita, pobrecita gatita mía... ¿Dónde debe estar, sola, asustada, tan indefensa...?

CAPÍTULO V

—Ni rastro —dijo el capitán Bower—. Empiezo a temer que ese animalito haya caído al mar.

—¿Me ha hecho venir para decir eso? —Se pasmó Ramsey.

—No, no. He recibido respuesta. Y ha llegado también un mensaje para usted, que supongo querrá ver.

—Desde luego —el espía tomó la hoja de papel que le tendía Bower, sonriendo—. ¿Puedo considerarme a salvo de sus sospechas, capitán?

—Comprenda que tenía que asegurarme de que usted...

—Lo comprendo. Veamos qué me dice mi amado jefe —sonrió de nuevo—. Y lo de amado no es ningún sarcasmo, se lo aseguro. ¿Cómo se puede no amar a un jefe que se preocupa de que sus hombres ahorren dinero, realicen cruceros de lujo, y tengan algunos días más de vacaciones?

—Un jefe así, ciertamente, es digno de ser amado. Parece usted agradecido, señor Lorigan, pero imagino que su jefe también lo es. Quiero decir que quizá usted se merezca esas consideraciones.

—Zambomba, es usted muy amable, capitán. Bien, vamos a leer esto...

«Jack Darren todavía inconsciente y grave lamentable lo de Kasten a ver cómo te las arreglas ahora. J. P.».

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Sí, claro. ¿De qué se trata?

—¿Cómo se las va a arreglar usted?

—Ah, ya... Bueno, todavía no lo sé. En realidad, todo depende de «Salomé».

—¿De la gata de la señora Carruthers? ¿Por qué?

—Hombre, capitán, demonios..., ¿no pensará usted que le he pedido que movilice a todos sus hombres en busca de un gato sólo para devolvérselo a su dueña!

—¿No?

—Usted es sin duda un gran marino, pero me parece que no entiende nada de gatos.

Okay?

—¿Por qué no me dice las cosas claramente de una vez? —farfulló Bower.

—Bueno... Mire, eso de que «Salomé» se ha caído al mar, no me lo creo yo ni que me lo juren. Estamos hablando de un gato, capitán, no de un niño.

—Sí, pero un resbalón...

—Posible —admitió Ramsey—. Pero muy improbable. Un gato que cae es capaz de agarrarse con sus uñas a un cabello humano. No tengo la menor preocupación respecto a la supervivencia de «Salomé», de veras. Debe estar escondida en cualquier parte de este hermoso pueblecito flotante..., y no me sorprendería que en cualquier momento regresase, tan tranquila, con la señora Carruthers. Quizá nosotros no sepamos encontrarla, pero ella sí sabe cómo volver junto a su ama.

—Bueno, quedan seis días de navegación... Casi siete. Si las cosas son como usted las describe, quizá valdría la pena que mis hombres no se molestasen en buscar a la gata, y esperar a que ella volviera por su voluntad junto a la señora Carruthers.

—El problema, visto así, estaría resuelto. Pero es que no se trata de encontrar a «Salomé», sino de encontrarla los primeros.

—No comprendo.

—Mire, hay por lo menos un hombre en este barco que además de estar dispuesto a terminar conmigo a la menor oportunidad, no tendría el menor reparo en abrirle la barriguita a «Salomé» en cuanto le pusiera la mano encima... Y eso es lo que hay que evitar: que ese hombre encuentre el primero a la gata.

—¿Le abriría la barriga al pobre animal?

—Sin la menor duda.

—Pero..., ¿quién es ese sujeto?

—¿Y yo qué demonios sé? Imposible identificarlo, porque todas las personas de este barco se han enterado del asunto, y se han

tomado como un divertido deporte encontrar a la gatita, así que no puedo fijarme especialmente en nadie... En fin, esperemos ser los primeros en localizar a «Salomé»..., y dígale al veterinario que tenga preparado un purgante.

—¿Para qué? —se asombró Bower.

—Es mi aperitivo preferido.

—Está bien —dijo—: puedo proporcionarle una buena cantidad de ese aperitivo, señor Lorigan.

—Bien pensado —recapacitó Ramsey—, me voy a decidir por un martini seco.

—En cuanto a las joyas y el dinero de la señora Carruthers, espero que no vaya a tener usted la buena idea de devolvérselas sin consultarme. Yo le diré cuándo.

—Es usted en verdad curioso —movió la cabeza Bower—: ¿no se le podía ocurrir algo menos molesto para mí que hacerme partícipe de ese robo?

—Había que simularlo, para justificar la escapada de la gatita: siempre es menos llamativo estar buscando a un ladrón que permitir que se sospeche siquiera que andamos buscando a varios espías. Hasta luego. Tomaré ese aperitivo y cenaré. Creo que ya es hora.

—¿No querría cenar conmigo, en mi mesa?

—Tengo la impresión de que me está concediendo un gran honor, capitán —murmuró el espía—, pero no puedo aceptar. Usted me está resultando simpático.

—Santo cielo... Espero que ese muchacho sepa guardarse. Y me parece que sí sabe. Con esa musculatura...

—No pueden encontrar a «Salomé» antes que nosotros... No sólo están buscando a la gatita todos los miembros de la tripulación, sino los pasajeros. Todas las probabilidades están a mi favor, por lo tanto, ya que los tripulantes, o cualquier pasajero que encuentre a «Salomé», se apresurará a ponerla en manos del capitán... Sí, todas las probabilidades están a mi favor, pero...

Siempre hay un pero.

—... Pero, si encontramos nosotros a la gatita, ellos sabrán que ya no tiene objeto complicarse la vida, de modo que se limitarán a terminar el viaje, desembarcar en El Havre, y desaparecer. Y me parece que esto no me gusta mucho, porque, a fin de cuentas, todo

indica que Burton Kasten no ha estado trabajando solo en Estados Unidos, sino que formaba parte de un grupo. Eso es: un grupo de espías, no uno solo. ¿Cuántos pueden ser? ¿Dos, tres, seis...?

»Sean los que sean, me gustaría echarles el guante. Esa clase de gente siempre vuelve...».

Dentro de un mes, un año, o diez años, ellos vuelven a encontrar otro trabajito que hacer en cualquier país. Y puesto que mi trabajo consiste en velar por la seguridad de Estados Unidos, ¿qué cosa puedo hacer mejor que impedir que unos cuantos espías vuelvan cualquier día allá, quizá con mejor fortuna que en esta ocasión...?

Volvió vivamente la cabeza hacia la puerta al oír la llamada, dos golpecitos suaves en la madera. Luego, su mirada fue hacia la funda axilar, retiró de ella la pistola, y fue a colocarse a un lado de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Arlene Merkin, señor Lorigan. El ceño de Ramsey se frunció.

—¿Qué desea?

—Tengo algo que decirle.

Ramsey vaciló, todavía fruncido el ceño.

—Un momento, por favor —pidió; se colocó la toalla alrededor de la cintura, escondió la mano derecha atrás, con la pistola, y fue a abrir—. Perdone mi indum...

No dijo nada más. Quedó petrificado y mudo de admiración ante la despampanante belleza de Arlene, vestida de noche, con un escote tremebundo mostrando completamente los hombros y poniendo de relieve la más delicada y hermosa garganta femenina que pudiera soñarse.

Por su parte, Arlene Merkin no estaba menos petrificada de asombro ante la visión de aquella fantástica masa muscular que convertía a Ramsey Lorigan poco menos que en un tipo raro.

—Iba a decir —sonrió de pronto el espía— que perdonase mi indumentaria, señorita Merkin. Y me parece que usted también debería disculparse por la suya.

—¿La mía? —Reaccionó ella—. ¿Qué tiene de... censurable mi vestido?

—Pues que ya no deja lugar a duda de que usted es todo un bombonazo. ¿Quiere pasar, o terminamos la conferencia aquí? —Ella entró tras breve titubeo, y Ramsey, sin cerrar la puerta, señaló

su ropa sobre el sofá—. Perdóneme un minuto: me vestiré en el cuarto de baño. No me parece correcto permanecer así.

—Sólo quería...

—Un minuto, por favor.

—Está bien. Pero...

Pero Ramsey desapareció hacia el cuarto de baño. Y desde allí llegó su voz.

—En seguida estoy con usted, señorita Merkin —dijo—, y por favor, siéntese —rogó—. Soy un experto en ponerme zapatos: termino en seguida.

Ramsey, en efecto, era un experto en ponerse zapatos. Como todo aquel que lleva haciéndolo treinta y tantos años; así que terminó en seguida, pero, en lugar de salir, miró por la rendija del cuarto de baño.

Y se alegró de haberlo hecho.

En el camarote, la bella Arlene se estaba dedicando, con gestos rápidos y nerviosos, a registrar el armario.

Luego, hizo lo mismo con la cómoda, sin que Ramsey hiciera nada por interrumpirla.

Sólo cuando ella pareció darse por satisfecha y dejó de revolver sus cosas, salió Ramsey del cuarto de baño y la miró con suma atención.

—¿No quiere sentarse?

—Sólo he venido a pedirle disculpas.

—Disculpas..., ¿por qué?

—La señora Carruthers me ha hecho comprender que fui muy desagradable con usted antes, en su camarote. Me estoy refiriendo a cuando dije que yo nunca había robado ni siquiera una manzana.

—Ah, ya. Sí, ciertamente, su frase parecía implicar que otras personas sí habían robado manzanas... u otras cosas. ¿Lo dijo por mí, entonces?

—Le ruego que me perdone —temblaron los labios de ella.

—De acuerdo. Adiós, señorita Merkin. Ella quedó desconcertada.

—Bueno, he venido a disc...

—Lo entiendo, lo entiendo. Está disculpada. Adiós... No haga esperar para la cena a la señora Carruthers. Y salúdela de mi parte.

—¿Usted... no viene a cenar?

—Tengo otra invitación.

—Bueno, habíamos pensado...

—Usted no entiende, señorita Merkin —cortó Ramsey, con voz súbitamente dura, seca—: le estoy diciendo que salga de mi camarote. Y además, voy a pedirle un favor: durante el resto del viaje, no se acuerde de que existo. ¿Comprende? A decir verdad, para mí sería un buen negocio relacionarme con usted, a fin de practicar el francés, pero... se lo diré muy claramente... olvídeme.

Ella alzó la barbilla, orgullosamente.

—Puede estar seguro de que ya lo he olvidado.

Y salió dando un portazo, sobresaltando a Ramsey, que se rascó la nuca.

—El caso es —susurró— que no sé qué pensar. ¿Qué buscabas aquí, preciosa? ¿Las joyas que crees que he robado a la señora Carruthers... u otra cosa? Y si es esto último, ¿qué cosa? Y digo yo, bella joven: si tú metes tus narices en mis cosas..., ¿por qué no he de hacer yo lo mismo con las tuyas?

Fue al armario, tomó de allí una pitillera, y alzó uno de los cigarrillos, de modo que toda la base se alzó, dejando visible un estrechísimo doble fondo, donde había un reducido juego de ganzúas planas de acero. Eligió una, se la metió en un bolsillo y salió del camarote.

Miró la letra de su puerta: la M. Su memoria era excelente, así que recordaba muy bien la simpática información que aquella tarde le había facilitado la señora Carruthers: *yo estoy en el camarote G, y Arlene en el H.*

—Pues vamos al H, guapo —se dijo.

No tuvo la menor dificultad en abrir la puerta del camarote H utilizando sus ganzúas. Lo primero que registró, fue el armario, en el que no encontró nada que despertase su especial interés. Fue a la cómoda y abrió un cajón con cada mano, a derecha e izquierda, mientras sonreía viendo el frasquito de perfume colocado sobre la brillante superficie laminada de la cómoda-tocador, junto a unas revistas de Botánica o algo así.

—Caracoles, ¡es francés!

Lo destapó, lo olió, y cerró los ojos, extasiado. Volvió a taparlo, lo dejó, y echó un vistazo al cajón de la izquierda. Ropa interior. Con dos dedos alzó unos sujetadores, y agitó la otra mano con gesto admirativo.

«Zambomba —pensó—, ¡lo mismo sería no llevar nada, digo yo!».

Había más sujetadores, pantaloncitos, combinaciones. Sugestivo, pero no interesante. Lo del cajón de la derecha parecía serlo, en cambio. Un bolso, cigarrillos, unas llaves, un libro de poesías en francés... De Paul Verlaine, ni más ni menos. Lo abrió, y frunció el ceño...

Le ciel est, par-dessus le toit, Si bleu, si calme!

Un arbre, par-dessus le toit, Berce sa palme.

La cloche, dans le ciel

qu'on

voit.

Doucement tinte. Un oiseau sur...

—¡Esto está muy bien! —se admiró—. ¿Y si le robase el libro?

Lo dejó, y tomó el bolso. Dentro había dinero, alrededor de doscientos dólares, solamente. Y un encendedor, que defraudó a Ramsey, ya que no había dentro ninguna microcámara fotográfica. Y el permiso de conducir de Arlene Merkin, nacida en Concord, Maine, USA, el

25-7-55.

Caracoles, la preciosa jovencita de los ojos color de lila iba a cumplir veintiún años dentro de dos días. Todo un bebé.

—Me pregunto qué esperaba encontrar. Si ella tiene que ver algo en esto, no puede ser tan tonta de llevar encima o en su equipaje algo comprometedor. Bah, la pobre chica sólo cree que soy un pillo, y quería ver si tenía las joyas de la señora Carruthers en mi camarote. ¡Santo cielo, qué ingenua!

Lo dejó todo como lo había encontrado, recogió la toalla del umbral de la puerta, la llevó a su sitio, y al volverse para salir del cuarto de baño, se encontró con su propia imagen en el espejo del lavabo. Y en una esquina del espejo, introducido entre éste y el marco, vio el papel. No lo tocó. Sólo se acercó más, y leyó lo que había escrito en él, en letras mayúsculas, desiguales, torpes evidentemente a propósito:

«Eliminadlo inmediatamente».

CAPÍTULO VI

Y no le hizo la menor gracia.

El hombre de la CIA hizo funcionar su sistema deductivo, que, en honor a la verdad, no requería grandes esfuerzos para llegar a lógicas conclusiones:

—Poner aquí este papel puede significar una imprudencia, es cierto —admitió—, pero mucho menor que recurrir a la radio de bolsillo para comunicarse con su cómplice o cómplices, sabiendo que yo tengo la radio de Burton Kasten. En cuando a dar una orden semejante por teléfono, sería absurdo y todavía comprometedor. Es decir, que, debido a que yo dispongo de la radio de Kasten, ellos no se atreven a comunicarse por ese medio, ni por teléfono, claro. Pero entonces, este mensaje, a mi modo de ver, significa dos cosas. Una, que es un sistema que ya deben haber utilizado otras veces para intercambiar instrucciones o información. Dos, que alguien tiene que venir aquí a recibir esas instrucciones de Arlene Merkin... Lástima, maldita sea mi estampa: con lo hermosísima que es y lo bien que habla el francés... Ramsey: no tienes suerte, muchacho. Seguro que no encuentras otra como ella en toda tu vida. Caracoles —se estremeció, fija la mirada en la nota—, ¡ya es suficiente con una que ordene que te maten! Y otra cosa: ¿quién tiene que leer esta orden?

Salió del cuarto de baño, apagó la luz del camarote, y regresó al baño, cuya luz apagó también. Luego, se sentó en el borde de la bañera.

Ni siquiera diez minutos más tarde, oyó, con claridad que lo escalofrió, el sonido metálico, procedente de la puerta del camarote. Siempre con toda claridad, oyó abrirse la puerta, luego al ser cerrada, después los pasos lentos, cautelosos, caminando hacia el cuarto de baño. Seguro: aquel sistema de comunicación lo tenía patentado aquella gente.

La puerta del cuarto de baño se movió. Un instante después, aparecía el hombre. Lo vio perfectamente recortado a la luz del resplandor del barco, que penetraba en el camarote por las dos portillas que, por supuesto, daban al mar. Una silueta, un hombre...

La luz se encendió, y Ramsey, entornados los párpados alzó la mano derecha, con la pistola en ella.

—*Soyez le bienvenu* —dijo en mal francés, con pésimo acento.

El hombre pegó tal salto que se puede decir que casi llegó al techo, mientras se atragantaba con el fortísimo respingo. Pero casi al mismo tiempo, reaccionando con prontitud admirable, llevaba la mano izquierda al sobaco derecho..., en tanto que Ramsey saltaba hacia él, le sujetaba la mano izquierda contra el pecho, y, con la pistola en la derecha, le golpeaba en el estómago, usándola como si fuese una lanza, pinchando... El sujeto quedó lívido, desencajado el rostro, pero Ramsey no tuvo piedad alguna: volvió a golpearlo del mismo modo, y esto fue ya demasiado, abierta la boca angustiosamente, vueltos los ojos hacia dentro, el hombre se desplomó a sus pies, lentamente, sin ruido, pues el espía frenó la caída.

Se guardó la pistola, le quitó al sujeto la suya, y prosiguió el cacheo. La billetera. Al primer vistazo a la documentación del desconocido, Ramsey Lorigan no pudo contener un gesto de asombro.

—Caracoles, caracoles, caracoles... ¿Pues no va a resultar que soy clarividente? ¡Le he hablado en francés a un francés!

El sujeto se llamaba René Letour, y en efecto, era de nacionalidad francesa. Este dato, algo de dinero, unas llaves, cigarrillos, un encendedor..., y una pequeña radio de bolsillo fue lo que Ramsey requisó de sus bolsillos. Lo dejó todo en un rincón del cuarto de baño, asió u René Letour por el cuello de la chaqueta, y lo metió en la bañera. Luego, abrió la ducha fría, y el agua cayó sobre el desvanecido e infortunado sujeto, que tardó tres segundo en reaccionar, respingando, manoteando en busca de apoyo hasta quedar sentado..., mientras veía a Ramsey por entre la pequeña lluvia artificial.

—*Comment-ca va, monsieur?* —saludó amablemente Ramsey, luciendo su mejor sonrisa de cocodrilo.

Letour no contestó. Consiguió localizar el grifo, lo cerró, y

volvió a mirar la pistola que le apuntaba a la cabeza con firmeza poco dada a fantasías.

—Bueno —dijo Ramsey—, será mejor que hablemos en inglés, porque si no voy a hacerme un lío. *Do you speak english. Sir?*

—Es usted muy gracioso —farfulló Letour.

—Ah, veo... mejor dicho, oigo que sí habla inglés. Esto marcha. Mire, Letour, efectivamente, soy gracioso y simpático, pero no siempre, ¿comprende usted? De manera que vamos a pasar a conversaciones serias. Muy serias. En el espejo hay una orden para usted que dice que me liquiden inmediatamente. Vale, yo comprendo que les resulto molesto. Ahora, la pregunta: ¿cuántos son en total ustedes?

—Setecientos —dijo.

—Pocos para mí —los ojos de Ramsey se entornaron amenazadoramente—. Letour, no intente quitarme la patente de gracioso, se lo advierto. Es muy posible que si colabora salga con vida de esto, de modo que no corra el riesgo de seguir viviendo sin dientes.

¿Cuántos son, además de usted y de ella?

—Ya le he dicho que set...

Los dientes de René Letour crujieron sonoramente bajo el impacto de la pistola en ellos. La pistola salió bien librada, pero los dientes del francés, no tanto. Mientras la cabeza iba hacia atrás, algunos trozos de dientes saltaron de su boca, que quedó como un tomate pisado. Ramsey lo asió por la ropa de un zarpazo, y lo atrajo.

—Todavía le quedan dientes, así que podemos seguir con el juego. Veamos: usted, Arlene Merkin..., ¿y quién más y dónde están? Dígame sus nombres y camarotes que ocupan.

Letour estaba demasiado ocupado compadeciéndose de sí mismo, al parecer, o bien, prefería no contestar. Ramsey alzó la pistola, y la descargó sobre un hombro del desdichado, que lanzó un gemido..., y volvió a quedar sin sentido. El espía se lo quedó mirando, asombrado.

—Pues sí que eres flojo, muchacho —masculló.

Lo soltó, y Letour volvió a deslizarse al fondo de la bañera. Ramsey volvió a abrir el grifo, y de nuevo el agua despejó al francés, aunque menos rápidamente que antes. El espía esperó a ver

en sus ojos la expresión de plena consciencia, y cerró el grifo.

—La próxima vez, me parece que lo haremos al revés —dijo muy reflexivo—. En lugar de ducharle con agua fría, lo ducharé con agua caliente. Y a lo peor, sale tan caliente que queda usted hervido como un pollo. ¿Cuántos más son y dónde están, qué camarotes ocupan?

—Usted —jadeó Letour—, usted no va a llegar vivo a El Havre...

—Entendida la sugerencia. Pero mis deseos son bien distintos, amiguito, aspiro a una longevidad tal que me permita conocer a los biznietos de mis tataranietos. Vamos, sea razonable: las cosas le van a ir mejor, al menos a usted, si colabora.

—No quiero tratos con usted... Sabemos que es de los que tira del gatillo en seguida. Piensa matarme, así que...

—No diga tonterías. Si hay algo que detesto de mi trabajo es precisamente tirar del gatillo.

—Vaya a contarle ese cuento a Kasten.

—Mire, Letour, no tengo que darle explicaciones a usted, eso está bien claro, pero quiero que sepa que si disparé contra Burton Kasten fue para evitar que él me matase a mí. Ese hombrecillo se volvió como loco, parecía no comprender que nada podía ganar, puesto que estaba localizado e identificado. Jamás podría escapar ya de este asunto. —Ramsey frunció el ceño—. Y cuanto más pienso en esto, más me sorprende que Burton Kasten estuviese dirigiendo asuntos de envergadura. ¿Quizá no era él el jefe del grupo?

—Es usted listo —susurró Letour.

—De modo que he dado en el clavo... ¡Claro! —Ramsey no podía evitar el sentirse sorprendido—. Por todos los demonios, claro que es eso... Burton Kasten era un... intermediario, tan sólo. Uno más del grupo... Comunicó que había sido detectado en sus contactos con Jack Darren, y entonces, en lugar de retirarlo del negocio, se decidió utilizarlo hasta el final, confiándole, seguramente haciéndole creer que lo sacarían con bien del apuro. Por eso, él aceptó todo el plan: deslizarle a Darren la información de que tomaría el *Oceanic* confiando en que sus amigos lo sacarían del apuro de un modo o de otro. Pero sus amigos, ustedes, lo que querían era que Kasten tomase el barco, a fin de que aquí pudiese entregarles la fórmula del Adantio-90, y seguramente, luego lo habrían liquidado, dejando a sus perseguidores con un palmo de

narices. ¿No es así?

—En efecto.

—Caracoles, caracoles, caracoles... Tienen a un amigo que está haciendo un trabajo, y se disponen a sacrificarlo como si fuese una res. Pero él me vio, me clasificó... Se puso demasiado nervioso, y como llevaba la fórmula del Adantio-90 encima, su nerviosismo aumentó. Decidió desprenderse cuanto antes de esa información, por si le echábamos el guante, al menos que no contásemos con esa prueba de espionaje. Y el muy torpe, creyó que yo le había perdido de vista unos minutos, se metió en el camarote de la señora Carruthers, escondió el microfilme o lo que sea, y los llamó a ustedes por la radio, informándoles y pidiendo instrucciones, hablándoles de mí... ¿Exacto?

—Exacto. Y si usted no lo hubiese matado, lo habríamos hecho nosotros...

—¿Sabe qué significa esto, Letour?: que quizá sus compañeros también quieran matarlo a usted cuando sepan que pude llegar a delatarlos, tarde o temprano. Porque, aunque usted se resista a hablar, yo lo meteré en algún lugar seguro que me indicará el capitán del barco, y sus amigos tendrán que comprender que su resistencia terminará en cualquier momento. Entonces, querrán matarlo. ¿Para qué lo quieren a usted, una vez identificado y capturado? Sólo puede ocasionarles molestias, con su supervivencia, ¿no le parece? Recapacite: tratando conmigo, al menos, podrá salvar el pellejo. No sea tonto, Letour.

—¿Qué garantías me ofrece usted?

—¿Garantías? Bueno... De momento, puedo ofrecerle una especie de calabozo lo bastante custodiado para que sus amigos no puedan llegar hasta usted. Por otra parte, si usted me dice quiénes son, los capturaremos, ya sea con la ayuda del capitán y la tripulación, o los compañeros de la CIA que me están esperando en El Havre. ¿Qué dice?

—No sé...

Ramsey soltó un bufido.

—¡... No sabe! Pero hombre, ¿no lo entiende?: ¡ya no van a conseguir nada, ni siquiera la fórmula del Adantio-90, porque ésa la tiene el gato de la señora Carruthers en la barriga, y ustedes no tienen más que un par de posibilidades entre dos mil de ser los

primeros en encontrar a la gatita! ¿O no tiene la gatita esa fórmula en la barriga?

—Sí... Sí. Kasten nos llamó, y nos dijo que le había hecho tragar a ese animal la cápsula que contiene la fórmula.

—Aquí todos somos muy listos —sonrió Ramsey—: yo comprendí eso, ustedes comprendieron que Kasten había muerto y discretamente retirado... Todos somos muy listos, pero alguien tiene que perder en este juego. Y no quiero ser yo. Dígame quiénes...

¿Qué le pasa?

—Me... me parece que... que voy a desvanecerme otra... otra vez...

—Salga ya de la bañera. Y llamaremos al médico para que le atienda. Le ayudaré. —Ramsey asió de la mojada ropa a René Letour, y lo ayudó a ponerse en pie. Sería mejor que se quitase la ropa mojada, y se...

El cabezazo de René Letour alcanzó a Ramsey en plena nariz.

Tenía que comprenderlo. Tenía que comprender que Letour estaba recogiendo su pistola, y que, por cierto, no iba a tener el menor inconveniente en matarlo. Como pudo, saltó hacia adelante, y sus manos asieron las piernas del francés por debajo de las rodillas. Simultáneamente, empujaba éstas con un hombro, y supo que lo conseguía: Letour perdió el equilibrio, cayendo de espaldas, y Ramsey oyó en seguida dos golpes.

Uno de ellos fue duro, seco, contra el suelo: la pistola había escapado de la mano del francés. El otro golpe fue algo más blando, como amortiguado, una especie de chasquido... Y en el acto, sólo teniendo fuertemente asidas las piernas de su enemigo, Ramsey Lorigan supo que la pelea había terminado así de rápidamente, pues las piernas quedaron sin el menor vestigio de fuerza.

Pudo ver la pistola en el suelo, la recogió y se puso en pie, tambaleándose, parpadeando con fuerza para hacer saltar las lágrimas que le impedían una visión perfecta.

Tuvo una visión perfecta.

Con la desagradabilísima sensación de que acababa de matar a otro hombre, Ramsey se colocó junto al francés, de rodillas, y le puso una mano en un lado del cuello. Pues no... No estaba muerto. Pero el golpe había sido tal que Letour iba a necesitar varios días de

hospitalización para darse cuenta de que seguía perteneciendo al mundo de los vivos.

—Maldita sea mi estampa... ¡Tenía la información a mi alcance y lo he estropeado todo!

Recogió todas las cosas de René Letour, así como el papelito colocado en el espejo del lavabo, y lo guardó todo en sus bolsillos mientras se contemplaba en el espejo hoscamente. Estaba sangrando por la nariz, de modo que tenía la mitad inferior del rostro y la camisa manchada.

—Lo siento por la corbata —se dijo—, me gustaba.

Se lavó bien, salió del camarote, y fue al suyo. Se cambió de camisa y de corbata, dejó allí las cosas de Letour pero no la nota con la orden de asesinato, y volvió a salir.

Desde su mesa, impecable con su bonito uniforme blanco con galones dorados, el capitán Ronald D. Bower lo miraba, expectante. Ramsey le hizo una seña, y salió a cubierta. Segundos después, Bower se reunía con él, mirándole ansiosamente.

—¿Ocurre algo? ¿Qué...?

—Necesito colocar en conserva a un sujeto.

—¿Colocar... qué?

—En conserva —gruñó Ramsey—: Tiene rota la cabeza, y quiero que lo atiendan en lugar seguro, donde nadie tenga facilidad para llegar... Usted me entiende.

—¿Qué ha pasado?

—Vamos hacia el camarote H, y se lo explicaré por el camino. Y sobre todo, no se sobresalte cuando vea el aspecto de ese hombre: sólo está desvanecido.

CAPÍTULO VII

—No, señor.

René Letour no estaba desvanecido.

Estaba bien muerto, degollado con una pulcritud y habilidad que hizo palidecer a los dos sobresaltados intrusos en el camarote de Arlene Merkin.

—Dios mío —gimió Bower.

Ramsey tuvo dificultades para tragar saliva. ¿Aquello lo había hecho Arlene Merkin?

¿Realmente podía haberlo hecho ella? La bellísima imagen de la muchacha pareció relampaguear en su mente, con aquella boquita tan dulce, la frente despejada, tersa..., y los incomparables ojos del color de las lilas.

—Habrà que llevarlo con el otro —musitó.

—Pero esto es terrible... Llevo más de treinta años navegando, y le aseguro que me han ocurrido toda clase de...

—No es momento de lamentaciones, capitán. Llame por teléfono a los dos hombres que también retiraron el cadáver de Kasten, y que vengan a por éste, por el mismo procedimiento... Espere. Antes dígame una cosa: ¿no han estado cenando la señora Carruthers y la señorita Merkin?

—Sí... naturalmente que sí.

—No las he visto en el comedor.

—Terminaron pronto. Sí, recuerdo que las vi salir.

—¿A las dos juntas?

—Pues... sí. Sí, seguro.

—Hay que buscarlas. Especialmente a la señorita Merkin: es una asesina, y me terno que es ella la que está dirigiendo este grupo de espías.

—¿Está loco? —Respingó Bower.

—Ojalá. Ocúpese de lo del cadáver. Yo voy a ver si localizo a

esa... jovencita encantadora.

Salió del camarote, y lo primero que hizo fue llamar al contiguo, el G, ocupado por Marsha Carruthers, por si ambas mujeres estaban allí. Pero, al parecer, no era así. Luego, miró en la Sea Room y por último en la veranda encristalada. Ni rastro.

Sí, eso tenía que ser. Dejaba el mensaje, y, con una seña que por supuesto nadie podía interpretar, indicaba a Letour, que debía estar cerca de ella, que estaba en marcha el plan x para comunicarse, Letour comprendía, esperaba a que fuese de lleno la hora de la cena; e iba al camarote, directo al baño a buscar el mensaje, que, que una vez leído, debía ser destruido. Luego, para indicar a Arlene que la orden había sido recibida, debía aparecer un instante en la puerta del comedor... Sólo eso, por ejemplo, y Arlene sabría que todo iba bien.

Pero Letour no había aparecido en el comedor, y Arlene tenía que haberse inquietado. Seguro... Sí, seguro, habría encontrado un pretexto para separarse unos minutos de la señora Carruthers, habría ido a su camarote..., y posiblemente le había visto salir a él, y entrar en el suyo. Esperó a que volviese a salir, entró en el suyo, vio a Letour, comprendió que, en efecto, las cosas habían ido mal, y... ¡raaaaaass!, le había degollado, fríamente...

—Psit, señor Lorigan...

Ramsey se volvió, y alzó las cejas, verdaderamente sorprendido, al ver a Marsha Carruthers sentada en una de las extensibles, abrigada con un bonito chal blanco. La temperatura era buena, cierto, pero no tanto como para estar allí sentada.

—Hola, señora Carruthers —murmuró—. Precisamente la estaba buscando... A usted y a la señorita Merkin.

—Pues eso es lo que me tiene a mi intrigada —lo miraba desconcertada la dama—. Tenía la convicción de que ella estaba con usted.

—¿Conmigo? ¿Por qué creía eso?

—Bueno, cenamos tan rápidamente, y ella parecía tener un poco de prisa... Le pregunté si le ocurría algo, y me dijo que no, que todo estaba bien. La verdad es que me parecía... molesta, o preocupada, no sé. Si he de serle sincera, me dio la impresión de estar impaciente, así que le dije que podía pasear por su cuenta esta primera noche de viaje, y ella aceptó en seguida. Me permití

preguntarle qué pensaba hacer, y dijo... que quería ir al cine del barco. —Marsha Carruthers sonrió—. Pero no la creí.

—¿Por qué no?

—Ya se lo he dicho: creía que iba a reunirse con usted. Hacen una bonita pareja, y...

—Ella no está conmigo, ya lo ve.

—Sí, lo veo. Caramba, los jóvenes siempre complican...

—¿Ella dijo que quería ir al cine?

—Sí, sí... De buena gana habría ido yo también, porque ya sabe que la primera noche siempre resulta un tanto sosa, en estos viajes, pues los pasajeros aún no hemos intimado lo bastante. Pero la verdad es que, entre mi jaqueca, y la impresión que tenía de que habría molestado con mi presencia, decidí salir a tomar un poco el aire.

—¿Se encuentra usted mal? ¿Quiere que llame...?

—No, no... Casi estoy completamente bien ya. El aire de mar es formidable, ¿no le parece?

—Sí... Oh, sí, el aire del mar es formidable y maravilloso. Señora Carruthers: ¿cómo conoció usted a la señorita Merkin?

—Oh —sonrió la dama—. Oh, santo cielo, ¿me está usted pidiendo informes de ella, querido amigo?

—Pues... en cierto modo —sonrió Ramsey—. Espero no ponerla en dificultades con ello.

—¡Claro que no! Aunque la verdad es que voy a poder decirle bien poca cosa sobre Arlene. Veamos, yo puse un anuncio en el *Morning News* de Nueva York hace... No sé, unos días. Solicitaba una compañía femenina para un viaje por Europa, y exigía, desde luego, un adecuado conocimiento de un par de idiomas de allá. Ofrecía buenas condiciones, así que pasé aquella mañana recibiendo mujeres de diversas edades en mi hotel. Bueno, me gustó Arlene en cuanto la vi, francamente —se echó a reír, divertida—. Es que, ¿sabe usted, Ramsey?, una anciana siempre encuentra compañía agradable en un viaje como éstos si lleva una amiga adecuada. Ya ve, por ejemplo, usted no estaría aquí conmigo ahora si no fuese por ella...

—Le aseguro, señora Carruthers, que su compañía resulta encantadora aun sin la presencia de la señorita Merkin.

—Oh... ¡Oh, Dios bendito, qué amable es usted, muchacho!

Bueno, de todos modos, siempre es agradable viajar con una chica como Arlene. Es culta, educada, simpática, tiene buenos modales y buen gusto... Lo comprendí en seguida, al verla. Y cuando me dijo que hablaba francés, italiano, y el suficiente alemán para viajar por Alemania, Suiza, etc., no vacilé ni un instante: la contraté. Creo que las dos hemos hecho un trato beneficioso.

—Me alegro mucho. ¿A qué dijo ella que se dedicaba?

—Oh, es universitaria... Bueno, me parece que está estudiando y trabajando a la vez. Creo que le gustan las flores, las plantas... Todo eso. Estudia..., ¿cómo dijo...?

Ramsey recordó en el acto las revistas que había visto en la cómoda-tocador del camarote de Arlene.

—¿Botánica?

—¡Botánica, eso es!

—Bien... ¿Qué más?

—Qué más..., ¿qué?

—¿Qué más sabe de ella?

—Pues... nada más. Se trataba sólo de un viaje, me pareció la compañía más adecuada, y no me preocupé de más.

—Ya.

—Lo que sí me tiene muy preocupada es mi gatita. Siempre viajo con ella, hace años que...

—La vamos a encontrar antes de mañana, ya verá —aseguró muy aventuradamente Ramsey—. ¿Me permite, señora Carruthers? Tengo algo que hacer...

—Oh, espero que les guste la película... a los dos.

Poco después, se reunía de nuevo con el capitán Bower, que esperaba visiblemente nervioso la recogida de la ropa sucia.

—Ya he avisado, y...

—Está bien, está bien. Necesito su ayuda.

—¿Ha matado a alguien más? —Palideció Bower.

—Le aseguro que lamento todo esto, capitán, pero tengo la esperanza de que usted haya comprendido ya que estamos luchando contra un grupo de espías que posiblemente llevaban mucho tiempo trabajando en nuestro país, y que si no les echamos el guante ahora, volverán, y por tanto...

—Perdóneme —murmuró Bower—. ¿Qué ocurre ahora?

—Llame a su jefe de telegrafistas... Mike, se llama, ¿no es así?

Dígale que venga con la lista de todos los pasajeros del barco, y que acepte cualquier disposición mía. Mientras tanto, usted irá al cine.

Bower se quedó pasmado.

—¿Al cine? No me parece momento de...

—¿Cuántas localidades tiene el cine?

—Ciento noventa y dos.

—Le será fácil, entonces. Vaya allá, dígame al operador que corte la película, como si se tratase de una avería y ordene que se enciendan las luces de la sala... El tiempo suficiente para que usted vea si la señorita Merkin está allí. Si está allí, no la pierda de vista. Si no está, búsqume aquí o en su despacho para decírmelo. ¿Lo ha entendido?

—Sí, claro. Bien...

—Capitán Bower, en lo personal le estoy muy agradecido. En cuanto a la CIA siempre sabe corresponder en todo.

—Bueno —sonrió Bower—. Espero no necesitarla nunca, pero resulta confortador saber eso. Hasta luego.

—Gracias, capitán. Eh, eh: se olvida de llamar a Mike.

—Curse esto, Mike, por favor. Al mismo sitio de antes. Urgente, y solicite urgente respuesta, como indico.

Mike salió de allí leyendo el cablegrama:

«Solicitud urgente prioridad absoluta sujeto: Arlene Merkin Concord Maine 25-7-55. Universitaria libre botánica actualmente viaja en el *Oceanía, Ramsey*».

Y Ramsey estaba examinando las listas de pasajeros, cuando uno de los tripulantes murmuró:

—Ya está.

—Bien. Llévenlo con el otro. Es todo.

Quedó solo en el camarote H, que había sido limpiado de todo vestigio de lucha. Las listas eran sumamente interesantes, porque contenían toda una serie de datos. Por supuesto, lo que hizo fue buscar el nombre de René Letour... y no tuvo la menor dificultad en encontrarlo, en la clase turista. Ocupaba el camarote 219, y, maravilla de maravillas, en dicho camarote, que constaba de dos literas Pullman, viajaba otro caballero: Andrew Ryder.

«Éste no parece francés —pensó alegremente Ramsey—. ¡Lo he encontrado!».

Pero aún hizo más. El camarote contiguo al 219 era el 255, a saber por qué. Pues bien: en ese camarote, también doble, viajaba una sola persona, un sujeto llamado Wayne Benton. Buscó este nombre en las reservas, hizo lo mismo con los nombres de Andrew Ryder y René Letour, y el resultado lo dejó admirado de sí mismo: las reservas de tales tres caballeros habían sido hechas el mismo día y correlativamente. Es decir, a la vez, salvo grandísimo error.

—Bueno, Ramsey —se felicitó a sí mismo—, no te puedes quejar de lo fácil que te lo están poniendo: Burton Kasten, liquidado; René Letour, liquidado; Arlene Merkin seguramente va a dormir esta noche en un calabozo o lo que sea que haga esas funciones, y no cabe duda de que «Salomé» será encontrada, la purgaremos, y tendrás la cápsula con su microfilme de la fórmula del Adantio-90... ¿Qué queda entonces? Pues sencillamente, hacerles una visita a los señores Andrew Ryder y Wayne Benton, los cuales no deben sospechar que yo solito he...

La llamada a la puerta del camarote le causó un ligero sobresalto. Se quedó mirándola, inmóvil, tenso.

La llamada se repitió, y la siguió una voz que identificó en el acto:

—¿Arlene? ¿Está ahí?

Ramsey Lorigan apretó los labios. ¿Para qué complicarle la vida a Marsha Carruthers? La dejaría que se fuese, y en paz. Pero la llamada volvió a repetirse, con más fuerza.

—¡Arlene, conteste! ¿Se encuentra bien? —Había un tono de alarma en la voz de Marsha Carruthers—. ¡Arlene...!

Ramsey refunfuño, fue hacia la puerta, y la abrió. O eso, o la señora Carruthers iba a movilizar a todo el mundo en el barco. Vio la expresión de alivio de Marsha Carruthers cuando abrió la puerta, pero, en seguida, tal expresión se convirtió en estupefacta.

—Señor Lorigan... —balbuceó la dama.

—Pase, por favor, señora Carruthers.

—Pe... pero... Oh, bueno, desde luego que no. Si ustedes están...

—Estoy solo en el camarote, se lo aseguro. La señorita Merkin debe estar en el cine, supongo. Pase, se lo ruego. De verdad que estoy solo —insistió—. Siéntese, señora.

—Pero, señor Lorigan, no comprendo...

—Antes me llamaba usted querido amigo y Ramsey a secas, señora Carruthers. ¿Ya no somos amigos?

—Sí... Oh, sí, sí... Santo cielo, ¿qué hace usted aquí? Iba retirarme, y vi la luz en el pasillo; pensé que Arlene se había marchado del cine, que quizá se encontraba indispueta..., ¡y le encuentro a usted!

Ramsey abrió la boca..., y en aquel instante sonó el teléfono. Ramsey miró el aparato, frunció el ceño, y luego miró a Marsha Carruthers.

—¿Quiere contestar usted, por favor?

—Todo esto...

—Se lo suplico.

Marsha Carruthers atendió la llamada.

—¿Sí?

—¿...?

—Oh, sí... Está aquí, sí. Un momento —le tendió el auricular a Ramsey—. Es para usted: el capitán.

—Gracias —tomó Ramsey el aparato—. ¿Sí, capitán?

—¡...!

—Tranquilícese. No he podido evitarlo, pero le daré a la señora Carruthers unas cuantas explicaciones ahora mismo y no dude que ella comprenderá. ¿Qué me dice de la señorita Merkin?

—...

—Ah... ¿Está en el cine? Bueno, pues no la pierda de vista, si eso le resulta posible... y discreto.

—...

—Magnífico, buena idea, capitán. Me reuniré con usted dentro de un rato, en cuanto termine de tranquilizar a la señora Carruthers y haga otra pequeña cosilla en la clase turista. Hasta luego.

Colgó, y se volvió hacia Marsha Carruthers, que le contemplaba con los ojos muy abiertos, y una mano en el escote, con gesto angustioso.

Sonriendo el espía la tomó de las manos, la sentó en el sofá, y le dio unas palmaditas cariñosas.

—Sobre todo, calma, señora Carruthers... Como ve, no debe temer nada de mí..., aunque le haya robado sus joyas.

—¿Usted me ha...?

—Tendrá sus joyas esta misma noche, si así lo desea. No tuve

más remedio que hacerlo, porque... Es muy largo de contar ahora, y tengo cosas que hacer. Pero, en fin, señora, usted ha visto que el capitán Bower está de mi parte... Yo creo que esto debe ser suficiente para que entienda perfectamente que no está tratando con un... delincuente o un desaprensivo, y que debe confiar en mí. ¿De acuerdo?

—Pero es que no entiendo nada de nada...

—Se lo explicaré en otro momento. Mientras tanto, voy a hacerle un ruego: no comente esto con nadie, y, menos que con cualquier persona, con la señorita Merkin..., si es que vuelve usted a verla. ¿Lo entiende?

—No... Oh, santo cielo, desde luego que no...

—La CIA está detrás de la señorita Merkin —gruñó Ramsey—. Ella es una espía, señora Carruthers.

—¡Dios bendito!

—Insisto en mi ruego: no haga nada, no diga nada, compórtese con toda naturalidad...

¿Lo hará?

—Sí... Sí, sí... Bueno, no sé si podré conseguirlo...

—Estoy seguro de que sí. —Ramsey volvió a darle unas palmaditas en las manos—. Bien, ahora la voy a dejar en su camarote, y eso será todo. Naturalidad, señora Carruthers. Suponiendo que mañana viese usted a la señorita Merkin...

—Pero ¿qué dice? ¿Cómo no voy a verla si...?

—Es posible que no la vea —murmuró Ramsey—. Pero si así fuese, recuerde: naturalidad, ni una palabra de esto. *Okay?*

—Sí... Está bien...

—La acompañaré a su camarote.

—Yo... yo preferiría... ir a tomar algo al bar... Me parece que un poquito de *whisky* me... me sentará bien...

—De acuerdo —sonrió Ramsey—. Salgamos de aquí, y cada uno que haga lo suyo: usted, recóbrese un poco del susto, y yo...

CAPÍTULO VIII

El fue, en primer lugar, al camarote 219.

Aplicó el oído a la puerta durante unos segundos, pero no oyó nada. Al parecer, estaba vacío, así que tras un leve titubeo fue a hacer lo mismo en la puerta del 225. Pero tampoco allí pudo captar ruido alguno, y ni por asomo el rumor de una conversación.

Se quedó en el pasillo, inmóvil, notando en la espalda la sensación de que le estaban frotando con una barra de hielo... La revelación no admitía demasiadas dudas. Quizá una: que Wayne Benton y Andrew Ryder estaban, simplemente, cenando en el comedor de la clase turista. Ésta era la única duda, sí... Por lo demás, sólo podía pensar que, mientras él los buscaba a ellos, ellos avisados quizá ya a la desesperada por Arlene Merkin le estaban buscando a él.

No era una perspectiva muy agradable, en especial si tenía en cuenta el hecho de que ellos le conocían, y él, de aquellos dos hombres, sólo conocía sus nombres. Podían cruzarse con él en cualquier momento y en cualquier lugar del barco, y clavarle un cuchillo por la espalda..., o llenársela de plomo.

«Sí —recapacitó sombríamente—. Eso es lo que quieren hacer. Ya deben saber que he tenido una... entrevista con su amigo Letour, y lógicamente temen que éste los haya delatado, obligado a golpes. Creen que él los ha delatado, y se están escondiendo. Saben que cuando lleguen a El Havre los estarán esperando, pero Siguen teniendo la ventaja de que sus rostros no son conocidos. Se pueden pasar el resto del viaje vagando por el barco, matarme, y luego intentar desembarcar. Eso es lo que están pensando, y mientras tanto, no se dejarán ver por mí... hasta que les convenga a ellos, para matarme. Apuesto a que no les caigo nada simpático».

Sacó la ganzúa, manipuló en la cerradura del camarote 225, y abrió la puerta. Justo cuando entraba y cerraba la puerta, otro

pensamiento vibró en su mente: ¿por qué se escondían Ryder y Benton, y en cambio Arlene se iba tranquilamente al cine? Bueno, lo de tranquilamente era un decir, claro, pero... allá estaba, en el cine, vigilada por el capitán Bower desde la cabina de proyección.

¿Podía ser Arlene Merkin tan tonta de creer que Letour había delatado a Benton y Ryder y a ella no?

Encendió la luz del camarote, y procedió a un registro sistemático, rutinario, convencido en el fondo de que no iba a encontrar nada digno de interés. Y así fue. Tan sólo por sistema, desde luego, entró en el camarote 219, efectuando un registro quizá un tanto más minucioso, pero con el mismo resultado: ropas, cigarrillos y revistas, útiles de aseo... Lo normal y corriente.

Con la desagradable sensación de estar continuamente vigilado, observado, con la tensión de quien teme recibir unos balazos en la espalda de un momento a otro, Ramsey Lorigan se dirigió al cine; recorrió la sala, hacia el fondo, y subió a la cabina de proyección. Dentro había dos hombres, además del capitán Bower, que estaba mirando por una ventanita rectangular de unos doce o catorce centímetros de lado. Le hizo una seña, y el espía se colocó junto a él.

—¿Sigue ahí? —murmuró.

—Sí. No se ha movido.

—Señálemela.

Bower le indicó dónde estaba Arlene.

—¿Alguien se ha acercado a hablar con ella?

—Desde que yo estoy aquí, no. Y, señor Lorigan, ya sabe usted que mis deseos de colaboración son muchos, pero...

—Lo entiendo. Yo seguiré ocupándome de esto. Y gracias por su ayuda —sonrió—. Es usted una persona muy amable y paciente, capitán Bower.

—Si usted supiera la cantidad de paciencia y amabilidad que hace falta para mandar un barco como éste, se echaría a llorar —sonrió a su vez Bower—. Téngame al corriente.

—Okay.

¿Realmente una chica como aquélla, que iba a cumplir veintiún años dos días más adelante, podía estar dirigiendo un grupo de espionaje? La idea era bastante fantástica, desde luego, pero el agente de la CIA hacía ya tiempo que no se asombraba por nada,

prácticamente.

Se volvió hacia el operador.

—Avíseme cuando falten tres minutos para terminar, por favor.

—Sí, señor.

Tal momento llegó diez minutos más tarde. El operador chascó dos dedos, y cuando Ramsey le miró, mostró tres extendidos.

—Gracias.

Salió de la sala de proyección, y fue a sentarse en la fila quince, casi en el extremo del pasillo cercano a la salida. Muy bien: mientras no había sabido aquello de Arlene Merkin se había propuesto mantenerla alejada de él, para evitarle riesgos, pero ya que las cosas se habían aclarado, la iba a poner en una situación nada agradable. Si sus amigos querían matarlo a él, tendrían que afinar mucho, muchísimo, la puntería.

¿Y dónde demonios podía estar «Salomé»?

Apareció el The End en la pantalla, y algunas personas se pusieron inmediatamente en pie. Arlene tardó algunos segundos, como reflexionando sobre el final de la película, de la cual, Ramsey se dio cuenta de pronto, él no había visto ni siquiera una imagen.

«Y a lo mejor —se dijo—, valía la pena».

—Caracoles, qué sorpresa, señorita Merkin —saludó, hecho un mar de miel.

—Sí, es una sorpresa.

Quiso eludirlo, para salir del cine, pero Ramsey se colocó a su lado, y la tomó del brazo con toda cachaza.

—¿Sabe una cosa?: he venido al cine para no pensar en usted. Y ya ve...

—Señor Lorigan, ¿quiere soltarme el brazo? No necesito ayuda para caminar.

—Oh, no se trata de ayuda, sólo de un gesto cortés, comprenda. ¿Le gustaría tomar un par de copas conmigo?

—No.

—De champaña, claro.

—No, gracias. Y suélteme.

—Veamos, señorita Merkin, creo que debemos... ser un poco más tolerantes con el prójimo, ¿no le parece? Ya sé que estuve un tanto brusco con usted antes, pero me gustaría poder hacérselo olvidar. ¿Se le ocurre algún modo?

—Sí: déjeme en paz.

—Mire, si analizamos la situación, yo tengo más motivos que usted para sentirme molesto, y aquí estoy, pidiendo disculpas.

—¿Usted tiene más motivos que yo para sentirse molesto? —exclamó.

—Me parece que sí. Bueno, usted vino a pedirme disculpas por haber dado a entender que le parecía posible que yo hubiese robado las joyas y el dinero de la señora Carruthers, ¿no es así?

—Sí... sí.

—Y sin embargo, señorita Merkin, mientras yo me vestía en el cuarto de baño usted se dedicó a registrar lo que pudo de mi camarote, ¿no es verdad?

Arlene Merkin enrojeció violentamente, y se mordió los labios.

—¿Me... me vio usted... hacer eso?

—Pues sí. No quise decírselo, precisamente para no violentarla, pero, comprenda, me molestó mucho, francamente. Y por eso me mostré más bien desagradable. A pesar de eso, le estoy pidiendo disculpas, porque me gustaría que fuésemos amigos —sonrió a estilo *play-boy*, tendiendo la mano—. ¿Trato hecho? ¿Amigos?

—Si no me guarda rencor... —murmuró ella, aceptando la mano.

—Claro que no. —Ramsey no sólo estrechó la mano, sino que se la llevó a los labios, aplicando un sonoro beso—. Caracoles, ¡qué manita tan fina y tan linda! ¡Qué preciosidad de manita, zambomba!

—Gracias —casi rió Arlene—. Pero es mía. ¿Me la devuelve?

—De ninguna manera. Aunque no necesite ayuda para caminar, siempre es mejor ir sobre seguro. ¿Usted no ha oído decir que un resbalón cualquiera lo da en la vida?

—Sí —rió ella, ya francamente.

—Bueno, pues yo voy a evitar que usted lo dé. Además, con tantas escaleras hasta llegar arriba... Ya sé que usted lleva un atuendo que no encaja con el mío, pero me pregunto si a alguien puede importarle.

—¿Por qué dice eso?

—Porque insisto en lo de las copas de champaña. Vamos a ver: la noche es joven, el cielo está lleno de estrellas, el aire de olor a mar —se puso la mano en la oreja izquierda, como agrandando el

pabellón— y juraría que a mis orejotas llega rumor a música... Un viaje de placer, un hombre atractivo, una jovencita encantadora... ¡Zambomba, nadie en su sano juicio se iría a dormir en estas condiciones!

—Es usted muy persuasivo, señor Lorigan.

—¿Eso quiere decir que acepta? ¿Bebemos, bailamos, contemplamos las estrellas por fin... y nos besamos?

—El programa me parece aceptable hasta lo de las estrellas —volvió a reír Arlene, muy brillantes los ojos—. Lo del beso me parece que no será posible, señor Lorigan.

—Ramsey...

—¿Qué? —preguntó el espía, dejando de mirar el mar y volviendo la cabeza hacia ella.

—¿No querrías... besarme otra vez?

La tomó por los hombros, enfrentándola a él, y volvió a besarla en los labios, que también estaban fríos, pero suaves, dulces, tiernos... Ramsey había cerrado los ojos, pero los abrió, y vio los de ella cerrados. Arlene se abrazaba a su cintura con ambas manos, cosa muy digna de ser tenida en cuenta, pues mientras hiciese eso no podía clavarle un cuchillo en la espalda.

—Ramsey: ¿te gusta la Botánica?

—Me encanta la Botánica —murmuró el espía—. Una vez tuve una flor.

Ella echó la cabeza hacia atrás, riendo, con un tono tal de felicidad que Ramsey se sintió sobrecogido.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que tuve una flor. En un tiesto... Me tocó en una rifa de un colegio de niñas al que fui a repartir juguetes y golosinas.

—¿Tú hiciste eso? —se sorprendió Arlene.

¿El qué? ¿Tener una flor?

—No, no... Ir a un colegio de niñas a repartir juguetes y golosinas... ¿Lo hiciste?

—Claro. ¿Por qué te sorprendes?

—Por nada —susurró ella, mirándole intensamente—. ¿Y qué clase de flor era?

—Ah, pues... Bueno, era muy bonita, con pétalos y todo. Me parece que era roja, o algo así.

—Ya veo que eres toda una autoridad en Botánica —exclamó

Arlene, riendo una vez más—. ¿Qué fue de aquella flor?

—Murió... Sí, murió por mi culpa: me olvidé de regarla y murió. Desde entonces...

—¿Qué?

—Desde entonces, jamás descuido nada. Aprendí mucho con la muerte de aquella flor. Aprendí... que hasta lo más hermoso requiere atenciones y cuidados para seguir siendo hermoso, y que hasta una florecilla tiene derecho a la vida.

—Te estás poniendo triste, ¿verdad?

—Sí.

—¿Crees que si me besas...?

—Bueno, probaré.

—Tengo frío —dijo ella, después del beso—. No quisiera separarme de ti, pero...

—Si tú no quieres, no tenemos por qué separarnos... en toda la noche.

—Oh, no. Por favor, Ramsey, no me hagas esa clase de proposiciones. Tú no, por favor.

—Lo siento, perdona... Te acompañaré a tu camarote..., y me iré al mío.

Ella le besó ligeramente en los labios, en una caricia que llevó como una corriente eléctrica al cuerpo de Ramsey. Luego, abrazados por la cintura, se dirigieron hacia los camarotes. Poco después, se detenían ante el de ella, que musitó:

—Hasta mañana...

—*Bonne nuit, ma petite.*

—Dios mío, qué pronunciación tan horrenda —rió ella, por lo bajo, llevándose una manita a la boca—. ¿Dónde has aprendido a hablar el francés?

—Con un curso de discos.

—Pues suele dar resultados... Pero siempre es mejor la conversación corriente. ¿Te parece que empecemos mañana?

—Con una profesora como tú, estoy seguro de que cuando lleguemos a Francia no tendré problemas de idioma. Trato hecho.

Lo volvió a besar, y luego entró rápidamente en su camarote. Ramsey Lorigan permaneció algunos segundos ante la puerta, como petrificado, sombrío el gesto. Mala suerte, Ramsey.

Luego, fue a su camarote, se desnudó, y se acostó..., dejando la

pistola bajo la almohada.

—¡Qué día tan hermoso! ¿No es verdad, querido amigo? Ramsey se puso en pie velozmente, consiguiendo sonreír.

—Mucho, señora Carruthers, mucho... Espléndido. Buenos días, Arlene.

—Buenos días —sonrió ella, dulcemente—. Oh, no. Has debido decir *bon jour*.

—Pues eso —aceptó Ramsey, que aparentaba un humor excelente—. ¿Cómo ha pasado la noche, señora Carruthers?

—Muy mal —ella le miraba entre desconcertada y maliciosa cuando añadió—: Por lo de «Salomé», ¿comprende?

—Oh, sí. Vaya, caracoles, usted sabe: no es fácil encontrar a un gato por la noche. Pero tenemos todo el día por delante, y ya verá como lo encontramos hoy. Todo el mundo lo está buscando...

—Menos nosotros —dijo Arlene.

—Desconcertantemente cierto —asintió Ramsey. Pero siempre se está a tiempo de participar. Podríamos...

—Arlene, querida, he olvidado los prismáticos en mi camarote —dijo Marsha Carruthers—. ¿Querría traérmelos, por favor?

—Sí, claro. —Arlene tomó la llave, y se alejó.

Y por supuesto, Marsha miró excitada a Ramsey.

—¿Pero no me dijo usted anoche que ella...?

—Ssst... Ya le dije que quizá volviese a verla.

—Sí, pero...

Es todo un plan, señora Carruthers. Déjeme hacer a mí. Usted sígame la corriente, como si no supiese nada... No querrá estropear un trabajo de la CIA, ¿verdad?

—No, no... ¡Oh, esto es emocionante! ¡Pero tan lamentable...! Anoche oí llegar a Arlene muy tarde a su camarote, ¿sabe?

—Es una confidencia que agradezco, señora Carruthers, pero ya estaba al corriente: ella estuvo conmigo.

—¿Con usted?

—Sí, sí... Bailamos, tomamos champaña, estuvimos en cubierta besándonos...

—¡Santo cielo!

—Le digo todo esto para que comprenda usted que hay que ser muy cautos. Muy muy cautos. Téngalo presente en todo momento, señora Carruthers: al menor fallo, el espía se echa a volar. Quiero

decir que se esfuma. Insisto: ¿tendrá cuidado, por favor?

—Sí, sí, sí... ¡Esto es increíble! ¿Cómo...?

—¿Qué le decía yo? —señaló Ramsey a dos tripulantes del barco, recién aparecidos en la cubierta de botes—. Ahí tiene a esos simpáticos marinos buscando a «Salomé». Por mucho que se esconda, la encontrarán... Y ahí regresa Arlene. Cuidado.

—Descuide, descuide...

Arlene llegó, con los prismáticos, que tendió a Marsha.

—Me parece que están buscando a «Salomé» por los botes —dijo—. Pero ¿cómo habría podido llegar a uno de ellos si están cubiertos por la lona?

—De gatos sí entiendo un poco —dijo Ramsey—. Y te aseguro que no hay lugar al que ellos no puedan llegar. Pero no me preguntes cómo lo hacen: no sé tanto. Por cierto: *vous croyez que le chat il sera trouvé mademoiselle*

aujourd'hui,

?

—Has de tener en cuenta el género de «Salomé»: femenino. Entonces, no será *le chat*, sino *la chatte*. Y no será, *il sera*, sino *elle sera*. *Comprenez vous, monsieur!*

—*Mais oui, mademoiselle. Maintenant, nous...*

Había visto que el marino que miraba bajo las lonas se había erguido tan rápidamente al mirar bajo la que cubría el segundo bote, que estuvo a punto de caer a la cubierta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marsha.

—Nada. Ese muchacho, que ha estado a punto de pegarse el gran batacazo.

—Me parece que voy a regañar muy seriamente a «Salomé» —reflexionó la dama—. Por culpa de ella...

Seguía hablando, pero Ramsey no la oía. Toda su atención estaba centrada en los dos tripulantes. El que había mirado bajo la lona estaba palidísimo, y el otro, que le escuchaba, palideció también, y se apresuró a mirar bajo la lona. El otro saltó al primer bote, llegó a las escalerillas, y las bajó a toda prisa, para desaparecer inmediatamente de allí...

—¡Ramsey! ¡No me está usted escuchando!

—¿Perdón, señora Carruthers? —La miró.

—¡No me está escuchando!

—Pues... temo que así era, en efecto. Perdóneme.

—Tampoco parece que te interese demasiado practicar el francés —reprochó Arlene.

—Sí, sí... Es que... Bueno, por favor, discúlpennme las dos. Perdón.

Se puso en pie, y se dirigió hacia popa. Llegó a la escalerilla, subió al primer bote, saltó al segundo...

—Tenga cuidado, señor —advirtió el marinero—: es muy fácil caerse desde aquí. Además —añadió cortésmente—, no está permitido a los señores pasajeros que...

—¿Qué han encontrado ahí dentro? —cortó abruptamente el espía, llevando la mano hacia la lona.

Pero el marinero le sujetó por la muñeca, con firmeza diciendo:

—Por favor, señor, retírese. Éste es un lugar peligrosísimo para un pasajero... El capitán va a venir en seguida, y le dirá lo mismo que yo.

—Me parece que no —murmuró Ramsey—, pero lo esperaré.

Y se sentó en el borde del bote.

En efecto, el capitán Bower llegó muy pronto, a todo correr, acompañado de otro tripulante. Algunos pasajeros que habían estado paseando por la cubierta se habían agrupado bajo el bote, intrigados, y los demás acudieron en cuanto vieron aparecer al capitán.

Había para palidecer, ciertamente: tumbados en el fondo del bote había dos hombres, ambos cara al cielo, y ambos con el pecho manchado de sangre seca, que formaba una costra. Durante unos segundos, Ramsey Lorigan los estuvo mirando, demudado el rostro. No titubeó ni un instante en asignarles los nombres a los dos muertos: Andrew Ryder y Wayne Benton, los dos últimos componentes de aquel grupo de espías que habían conseguido comprar la fórmula del Adantio-90 en Estados Unidos...

—Por Dios bendito —jadeó Bower—, ¿qué hago ahora? ¿También los hago retirar en una de las cestas de ropa?

—Lo siento —musitó Ramsey—. No sé qué decirle, capitán. Es decir, sí: dígame luego si sus nombres son Ryder y Benton. Por lo demás, proceda usted como guste... o convenga.

—Esto va a arruinarme —casi tartamudeó Bower. Ramsey movió negativamente la cabeza.

—De eso, nada, Ronald. Tiene usted garantizado el apoyo total e incondicional de la CIA: no se preocupe lo más mínimo por su carrera y su empleo. ¿Puedo ayudarle en algo más?

—Es suficiente —susurró Bower.

Ramsey bajó a cubierta, y Arlene y Marsha se acercaron a él presurosamente.

—¿Qué pasa? —preguntó la primera—. ¿Qué han encontrado ahí, Ramsey?

—¡No será mí «Salomé»...! —exclamó Marsha.

—No. No, señora, no es su gatita. Me parece que el capitán va a pedir que desalojemos la cubierta, así que voto porque nos marchemos nosotros voluntariamente.

—Pero ¿qué hay ahí? —insistió Arlene.

—No puedo decirlo, querida, lo siento. Creo que una buena idea sería dar un paseo por el barco; quizá tengamos la suerte de encontrar a «Salomé» muy pronto. ¿Viene usted, señora Carruthers?

—La verdad es que no me apetece mucho caminar, querido amigo. Me parece que iré a la cubierta de popa, a contemplar cómo nadan en la piscina esos musculosos muchachos que siempre hay en esta clase de viajes.

—¿Le importa que Arlene venga conmigo?

—No, no... Claro que no. Que se diviertan. Y si encuentran a «Salomé», avísenme en seguida, por favor.

—Así lo haremos. Vamos, Arlene. Mientras paseamos por el barco seguiremos conversando en francés..., y sobre todo, buscaremos a «Salomé»: hay que encontrar a esa gatita cuanto antes.

Hacia las once de la noche, Ramsey Lorigan y Arlene Merkin se despedían ante la puerta del camarote de ella, besándose una vez más.

—Ramsey —murmuró ella—, ¿por qué estás tan preocupado? Se trata sólo de una gata, y tú mismo dices que un gato se basta a sí mismo para cuidarse.

—Lo siento —intentó sonreír él—. ¿He estropeado el día?

—Oh, no. Eso no —ella le besó en la barbilla—. Pero te he notado muy distraído, y preocupado.

—Lo siento —alzó una mano—. Y mañana prometo dedicarte en exclusiva toda mi atención.

—Gracias, mi amo y señor —susurró ella.

Volvió a besarle en los labios, y entró en su camarote.

Despertó sobresaltado por el timbrazo, y lanzó una exclamación al ver la luz del sol por las portillas del camarote. Miró su reloj, sorprendido: las siete menos cuarto.

—Caracoles... Me quedé dormido.

El teléfono seguía sonando. Saltó de la litera, y fue hacia allá. Descolgó el auricular.

—¿Sí?

—Buenos días, Ramsey. ¿Quiere venir a mi camarote, por favor?

—Oyó la voz de Ronald D. Bower.

—¿Qué ha ocurrido ahora?

—Le espero.

Llegó allá en un minuto, y, apenas entrar, supo por qué el capitán del *Oceanic* le había llamado: sobre su mesa, bebiendo con elegantísima compostura la leche colada en un plato, estaba la gatita «Salomé». Un marinero y un oficial la contemplaban, sonrientes.

—Parece que tiene buen apetito —comentó Ramsey, tras cerrar la puerta, despacio—. ¿Dónde estaba?

—Abajo, por la sala de máquinas. La ha encontrado el marinero Starbrook —señaló al mencionado— hace unos minutos. Vamos a darle una alegría a la señora Carruthers.

—Parece de buen tratar, ¿verdad? —comentó el oficial.

—Sí, es cierto. ¿Tuvo usted problemas para agarrarla, Starbrook? —preguntó Ramsey.

—No, señor. En realidad, ni siquiera se movió cuando me acerqué a ella. Vi una cosa blanca al fondo, me acerqué, y ella no se movió. Estaba muy asustada, me parece.

—Bueno, espero que la señora Carruthers sepa mostrarle su agradecimiento. —Miró a Bower—. ¿Ha avisado al veterinario?

—Servidor de usted —dijo casi riendo el oficial.

—Ah... Vaya, encantado, señor...

—Crosby —dijo Bower—. Alan Crosby. Alan, ya le he hablado del señor Lorigan, así que entiéndanse ustedes con eso del purgante para este pobre animal. Yo voy a llamar a la señora Carruthers para decirle...

—¿La va a llamar ahora? —Alzó las cejas Ramsey—. ¿A las siete

menos diez de la mañana?

—Bueno... No sé. Como la noticia es buena...

—De todos modos, creo que debemos esperar un poco.

Bower entornó los ojos y ladeó la cabeza, mirando escrutadoramente a Ramsey.

—*Okay* —dijo, simplemente.

A las nueve de la mañana, Marsha Carruthers acudió a abrir la puerta de su camarote, ya vestida y arreglada, sin duda para ir a desayunar.

—Pase, Arlene. Ya estoy... ¡«Salomé»!

Ante la puerta del camarote estaba, en efecto, Arlene Merkin; y también Ramsey Lorigan, el capitán Bower, y el oficial veterinario Crosby, todos sonrientes. Pero Marsha Carruthers pareció no ver más que a su gatita, que se apresuró a tomar de manos del veterinario, lanzando grititos de alegría, besándola, acariciándola y Tiñéndola a un tiempo:

—¡Mi pequeña amiguita! ¡Eres muy mala, te escapaste...! No tienes que volver a hacerlo nunca más, ¿me oyes? Oh, pobrecita, ¡pero si está muy sucia! ¿Dónde has estado? ¿Eh? ¿Dónde has estado, mala?

—La encontró uno de mis hombres en la sala de máquinas —sonrió más ampliamente Bower—. Y no debe usted preocuparse, señora Carruthers: el doctor Crosby asegura que está perfectamente.

—Sin la menor duda, señora —ratificó Crosby.

—¡Pobrecita mía, qué mal lo habrá pasado...! Oh, espero que no haya ratas en el barco, no sea que alguna la haya mordido...

—Por lo general —rió Ramsey, mientras Bower enrojecía—, son los gatos quienes muerden a las ratas, señora Carruthers. Pero además, tengo el presentimiento de que el capitán Bower no admite ratas como pasajeros.

—Éste es un trasatlántico de lujo —gruñó Bower—, no un carguero, señora.

—¡Estoy tan contenta...! ¿Quién la encontró...? Uno de sus hombres... ¿Cómo se llama? Quisiera obsequiarle con...

—El marinero Starbrook no espera nada, señora... Sólo ha cumplido...

—Oh, pero a mí me gustaría obsequiarle. ¿No va usted a

permitirlo?

—Pues no sé... Bien, luego le enviaré al muchacho.

—¡Pobrecita mía! ¡Oh, debe tener mucha hambre, claro, así que...!

—La hemos alimentado —dijo Crosby—. Y dadas las circunstancias, será mejor que no tome nada, por ahora. Ni siquiera debimos darle la leche.

Marsha Carruthers lo miraba alarmada.

—¿Dadas las circunstancias? ¿A qué se refiere usted?

—Yo se lo explicaré —intervino Ramsey—. Lo importante, de momento, es que usted ha recuperado sana y salva a su gatita.

—Sí... Sí, eso es lo importante, claro...

—Bien, señora Carruthers, nos satisface haberla servido. Y si no necesita nada más de nosotros...

—No, no. Gracias, muchas gracias a todos... Oh, capitán, ¿no podríamos desayunar en mi camarote?

—Naturalmente que sí. Daré la orden yo mismo... ¿Se va a quedar usted con ellas, Ramsey?

—Si la señora Carruthers me invita, sí —sonrió Ramsey.

—¡Claro que le invito! —rió Marsha—. Desayunaremos aquí los cuatro juntos... No, los tres, si «Salomé» no puede hacerlo. Sí, los tres. ¡Estoy tan contenta...!

—Bien, hasta luego —dijo Bower.

—Caracoles —exclamó Ramsey—, ¡voy a desayunar en compañía de tres damas! ¡Soy terrible!

Hacia las diez, habían desayunado ya, de excelente humor, provocado por las continuas bromas de Ramsey, que parecía tan satisfecho como si en lugar de haber sido hallada la gata de Marsha Carruthers hubiese hallado un fabuloso tesoro para él solo.

—Y ahora —dijo—, creo que ha llegado la hora de mi clase de francés. Empezaremos por...

—Creo que sería buena idea que empezásemos con un poco de lectura —rió Arlene—. Tengo un libro en mi camarote.

—Estupendo. Ve a buscarlo, por favor.

—¡Ahora mismo!

Arlene salió del camarote, y, apenas estuvo cerrada la puerta, Ramsey se volvió vivamente hacia la dama.

—Señora Carruthers, escúcheme atentamente, porque

disponemos de menos de un minuto. No me interrumpa, sólo escuche: Arlene es una espía, como ya le dije; evidentemente, dirige un grupo... que ha quedado eliminado. Yo maté a uno de ellos, llamado Kasten, y luego, ella degolló a otro en su propio camarote, adonde él acudió para recoger instrucciones y se tropezó conmigo, que estaba allí registrándolo. —Marsha Carruthers le contemplaba con expresión desorbitada—. Ese hombre se llamaba René Letour, y viajaba con dos amigos del grupo apoyando a Kasten y a Arlene. Pero Arlene debió temer que Letour hubiese delatado a esos dos amigos, llamados Ryder y Benton, así que esta noche, sin duda de madrugada, se reunió con ellos en el bote de salvamento, y allí, los mató a balazos, para que yo no los encontrase y, finalmente, llegase hasta ella. Ahora, está sola, no le queda nadie del grupo que dirigía. Al parecer, se considera a salvo, está tranquila. Sin embargo, puede intentar cualquier cosa cuando «Salomé», de un momento a otro ceda a los efectos del purgante que le hemos administrado...

—Oh, Dios mío, pobrecita...

—No le ocurrirá nada a la gatita —aseguró Ramsey—: tan sólo que, con sus deposiciones, expulsará la cápsula, o algo parecido que Kasten le hizo tragar aquí mismo, en el camarote de usted. Esa cápsula es lo que ha motivado todo el asunto: contiene una fórmula llamada Adantio-90, que un hombre que trabajaba en el Pentágono vendió a Kasten, el cual trabajaba como mediador, como intermediario de este grupo de espías dirigido por Arlene Merkin... ¿Me ha comprendido, señora Carruthers?

—Sí, sí. Bueno, creo que sí.

—Espléndido. Ahora fíjese bien: es muy posible que Arlene decida arriesgarse a todo con tal de conseguir finalmente esa fórmula del Adantio-90, y quizá lo intente cuando «Salomé» la expulse. Ha dicho que iba a buscar un libro Bien: pero quizá traiga también una pistola... ¡No se asuste! —Ramsey se tocó el sobaco izquierdo—. Yo también tengo una, y le aseguro que sé manejarla. Quiero que Arlene se delate intentando algo, así que simularé todavía no saber nada, no estar sobre aviso... Usted me ayudará: en cuanto ella intente algo y yo esté distraído, sólo tiene que gritar, avisarme... ¿Lo entiende? ¿Lo entiende, señora?

—Sí... Sí, sí...

—Muy bien. Naturalidad, sobre todo. Naturalidad.

Marsha asintió con la cabeza, sin dejar de mirar aterrada a Ramsey, que fue a sentarse en el sofá y encendió un cigarrillo... Arlene no tardó en regresar ni siquiera cinco segundos más, y, en efecto, traía el libro.

—Desde luego —entró diciendo—, tienes que leer en voz alta, escuchándote a ti mismo —se sentó a su lado, sonriendo—. Yo te iré corrigiendo.

—*Okay*. ¿Por dónde empiezo?

—Oh, por donde quieras...

—Bueno, he aquí una linda poesía. Veamos... *Le ciel est, pardessus le toit, si bleu, si calme! Un arbre, pardessus le toit...*

¡Maaaaooo...!, maulló lastimeramente «Salomé», interrumpiendo la clase de francés.

Y sin duda por puro instinto, corrió hacia el cuarto de baño, observada con cierto sobresalto por los tres. Ramsey dirigió una mirada a Marsha Carruthers, se puso en pie, y fue hacia el cuarto de baño, cerrando la puerta tras él y la gatita.

—¿Qué es lo que pasa? —se sorprendió Arlene.

—¿No se lo ha dicho Ramsey? —se sorprendió también Marsha—. Purgaron a mi pobre «Salomé»... y parece que le está haciendo efecto ya.

—¿La purgaron? ¿Para qué?

—Fue cosa del veterinario. Ramsey me dijo algo antes, pero no lo entendí muy bien, y luego llegó usted con el libro... Ya nos darán una explicación supongo —y frunció el ceño.

—Sí... Claro.

En el cuarto de baño, volvió a oírse a la gatita, maullando lastimeramente. A los pocos segundos, el rumor del agua cayendo en el lavabo... Y segundos después, aparecía Ramsey Lorigan, sosteniendo algo entre sus dedos. Algo que parecía un pequeño guisante, un tanto alargado... Pero no era un guisante, porque su tonalidad, su brillo, no podía ser más decididamente metálico.

—*Voilà!* —exclamó—. Muy pronto vamos a tenerlo todo.

—Seguramente, se abre por presión —murmuró.

Uno de los frascos de perfume de Marsha Carruthers era de cristal muy grueso, y lo utilizó para golpear la cápsula, esperando separar las dos secciones encajadas y huecas que contenían el microfilme de rigor. Pero, tras cinco o seis golpes, la cápsula seguía

sin abrirse...

—No se moleste más, Ramsey —oyó tras él la voz de Marsha Carruthers—: yo me haré cargo del Adantio-90.

El espía se volvió, alzando las cejas, sorprendido... y su gesto fue todo un poema cuando vio, en la frágil mano de la anciana, la pequeña pistola, que le apuntaba al pecho. Sentada en el sofá, como petrificada, Arlene Merkin los miraban a ambos.

—Pero... señora Carruthers..., ¿qué hace usted? —exclamó Ramsey.

—La cápsula —tendió ella la mano izquierda, hablan con una dureza y frialdad increíbles—. Vamos, no haga más el tonto. Ya lo ha hecho bastante.

De pronto, Ramsey Lorigan sonrió.

—¿Usted cree, señora Carruthers? ¿De verdad le parece que he estado haciendo el tonto? Bueno, es posible... pero le aseguro que de tonto no tengo ni un pelo.

—¿Qué quiere decir?

—Vamos, vamos, señora —refunfuñó el espía—. Tuve que comprender la verdad, después de mucho pensar y de andar verdaderamente muy despistado.

—¿Qué verdad? ¿Qué comprendió usted?

—Que no hay más jefe de grupo que usted, señora Carruthers. Esta madrugada me dormí habiendo llegado ya a esa conclusión. Sólo puede ser usted... Por eso vino Buston Kasten a este camarote, a dejarle la cápsula, después de esperar en vano que yo le perdiese de vista para entregarle la capsula en la cubierta de botes. Decidió que la comprometería mucho si yo me enteraba que habían estado en contacto de algún modo, y vino aquí, a dejarle la cápsula. Pero debió darse cuenta de que yo le seguía, y tuvo una genial idea: se la hizo tragar a «Salomé», que le correspondió con una buena tanda de arañazos... Pero Kasten lo consiguió, y llamó por la radio a Ryder, Letour o Benton, o a los tres, y les dijo lo que ocurría. Usted supo que yo sabía todo esto, y ordenó que me eliminasen..., pero utilizando un sistema de comunicación muy seguro. Nada de entrar en contacto de ninguna manera con sus hombres: utilizó el sistema... llamémosle X, que consiste en utilizar, en sacrificar a su... dama de compañía. Letour fue a buscar las instrucciones que usted dejó en el camarote de Arlene, se tropezó conmigo, quedó en mal

estado..., y como tardaba mucho en dejarse ver por el comedor, usted comprendió que algo ocurría. Vino hacia aquí, me vio salir del camarote de Arlene, esperó a que saliese luego del mío y me alejase... Entonces, entró, y degolló a Letour. Más adelante, me vio consultando las listas de Benton y Ryder, así que se las arregló para avisarles, y ellos se apartaron de mi camino. Pero, ya estaban bajo mi punto de mira, así que los citó en el bote, para una... reunión secreta, y allí, mató a los dos desdichados. Ya nadie puede comprometerla, ¿verdad?

Marsha Carruthers sonrió secamente.

—Usted y Arlene, sí, querido joven.

—Oh, no, porque piensa matarnos, ¿no es cierto? Me matará a mí con esa pistola, me quitará la mía y matará a Arlene. Luego, sólo tiene que decir que yo encontré algo, que Arlene quiso quitármelo y me mató para conseguirlo, y que yo disparaba al mismo tiempo y la mataba a ella... Ingenuo y viejo truco..., pero siempre eficaz.

—En efecto. ¿Cómo ha podido sospechar de mí?

—Mire, señora, una jovencita de veintiún años... es decir, que mañana va a cumplir veintiún años, no está capacitada para dirigir un grupo como el que me ha ocupado. Una mujer de sesenta años, en cambio, está muy capacitada para esta clase de... labor. Y seguramente, con la práctica de muchos años, puede hacerlo muy bien.

—Cierto: hace años que trabajo preferentemente en Estados Unidos. Y volveré a hacerlo. Contrataré nuevos...

—Usted ya no hará nada, señora Carruthers: su carrera ha terminado. Sospeché de usted, y todo lo que pueda ocurrir está ya previsto por el capitán Bower.

Marsha Carruthers palideció, y se mordió los labios.

—No es posible... Usted no pudo sospechar de mí solo porque fuese mayor que Arlene...

—Eso fue solo el punto de partida. Luego, había otras cuestiones. Por ejemplo: ¿Arlene iba a matar a sus dos últimos hombres sabiendo que podían ayudarla contra mí, ya que yo sabía que ella había escrito una nota para Letour ordenando mi muerte? Lo que hubiese hecho Arlene era matarme, o empujarme hacia sus hombres para que me matasen. Hacer lo contrario, era quedarse sola... Y eso podía convenirle a alguien que se sintiese segura, que

creyese que no se sospechaba de ella. Luego: ¿podía ser Arlene, una jefe de grupo de espías, tan tonta como para dejar mensajes escritos en su cuarto de baño? Eso no lo haría ni el más imbécil de los espías..., a menos que quisiera dejar acusaciones contra alguien por si las cosas se ponían mal y había que sacrificar a ese alguien, que pasaría por ser el jefe que la CIA andaba buscando... Además, Arlene no me parece persona capacitada para degollar a un hombre, como hizo usted con René Letour. Quizá sí podía matar a balazos, pero... degollar a un hombre tendido en el suelo, sangrante... Hacen falta más años, por lo general, para llegar a tener esa... maldad fría y despiadada. Y por último: si Arlene era la jefe del grupo..., ¿por qué Burton Kasten fue a esconder el microfilme en el camarote de usted, lo cual era complicar las cosas..., actitud poco creíble en un hombre que se siente acosado? Y finalmente, esta última trampa, señora Carruthers, hacerle creer a usted que sospechaba de Arlene, darle todas las facilidades para que hiciese, precisamente, lo que está haciendo: amenazarme. Así que ya no tengo ninguna duda.

—Está bien. Pero los listos también mueren, joven.

—Si se refiere a mí, no tengo intenciones de morir todavía. He sabido guardarme las espaldas: detrás de usted, Arlene le está apuntando con una pistola que...

Ramsey ya no dijo nada más; prefirió efectuar el salto que le llevó hasta Marsha Carruthers, la cual se había vuelto para mirar a Arlene... En realidad, se volvió apenas, brevísimamente, porque comprendió la mentira, el truco no menos viejo que acababa de utilizar Ramsey... Todo sucedió a la vez: Marsha cayó en la trampa, la comprendió, se volvió hacia Ramsey..., y éste cayó sobre ella, en un fortísimo choque que sólo podía tener un vencedor. Sólo uno: el sujeto de la CIA que tenía una masa muscular increíble.

Marsha Carruthers salió disparada hacia el sofá, perdiendo la pistola, que cayó cerca de ella. Y aún intentó recuperarla... pero una de las manazas de Ramsey cayó sobre el arma, y los dos quedaron tendidos en el suelo, boca abajo, mirándose.

—Lo siento, señora —dijo fríamente el espía—: esto ha terminado para usted.

Recogió el arma, y se puso en pie. Miró a Arlene, que estaba lívida, desorbitados los ojos, incapaz de moverse. Le sonrió por un

extremo de la boca, y volvió a mirar a la Carruthers, que seguía tendida en el suelo.

—Levántese —gruñó Ramsey.

Marsha Carruthers no se movió. El espía frunció el ceño, se inclinó, la tomó de un brazo, y tiró hacia arriba.

—Le digo que se le...

Fue igual que si estuviese tirando de un muñeco de goma blandísima. Y al moverla, la cabeza de Marsha Carruthers colgó de un modo blando, balanceándose. Ramsey lanzó una exclamación, la dejó en el suelo y le dio la vuelta. La anciana tenía los ojos abiertos, y en su boca, además de una mueca dura, estremecedora, había una ligera espuma de color verdoso, casi amarillento... Ramsey Lorigan palideció intensamente al comprender que Marsha Carruthers había estado preparada incluso para aquello: nada de prisiones, juicios, y cosas así... Cuando todo estuviese perdido, sólo tenía que morder la pequeña cápsula de cianuro que llevaba entre dos dientes, y... fin.

—Santo Dios —jadeó el espía—. ¡Santo Dios!

Media hora más tarde, un cablegrama partía del *Oceanic* en los siguientes términos:

«Cápsula recuperada pero no hay modo de abrirla la entregaré en París junto con informe completo a compañeros que me esperan estoy interesadísimo por informes que pedí sobre sujeto Arlene Merkin enamoradoísimo, *Ramsey*».

La respuesta llegó después del almuerzo, cuando Arlene y Ramsey tomaban el sol en cubierta:

«Enhorabuena recuperación cápsula no existe microfilme dentro porque es de Adantio-90 macizo títala al mar sujeto investigado excelente en todos los aspectos buena familia becas estudiante de gran porvenir si hay boda espero invitación, *J. P.*».

—¿Hay respuesta? —preguntó el sonriente Mike.

—Por ahora, no —gruñó Ramsey—. Gracias, Mike.

—¿Qué te dice tu jefe? —preguntó Arlene.

—Oh, nada importante... Ven conmigo —se puso en pie, se

acercó a la borda, hizo pedazos el cablegrama, y los dejó caer al mar, junto con la bolita de Adantio-90, que no podría ser examinada e imitada por nadie—. Vamos a ver al capitán.

El capitán Bower estaba en su camarote, y, al verlos, se quedó expectante, desconfiado. Y palideció cuando Ramsey dijo:

—Ronald, estoy en un apuro, y sólo usted puede ayudarme.

—Por Dios, no... ¿Otro muerto?

—En efecto: yo, de amor.

ESTE ES EL FINAL

... Y ahora —dijo Ramsey—, sigamos con el francés. Vamos a ver: ¿cómo se dice «hermosísima criatura»?

Arlene rió dulcemente.

—Es mejor empezar con cosas más sencillas y de más uso. Hay algunas que me interesan de modo especial que sepas pronunciarlas bien, así que repite conmigo: *amour*...

—*Amour*...

—*Mon amour*...

—*Mon amour*...

—*Mon amour, je t'ainie*...

—*Mon amour, je t'aime*...

—*Mon amour, je beaucoup*...

t'aime

—*Mon amour, je beaucoup... et je toujours*

t'aime

t'aimerai

!

—¡Oh! —exclamó jubilosamente Arlene—. ¡Pero si eso es precisamente lo que iba yo a decir!

—Pues me parece que no hay que hacer tanto teatro para decirle a una persona todo eso. Se hace, y ya está.

—¿Cómo que se hace? ¿Qué quieres decir?

—Pues que se ama siempre a esa persona, y listo.

—¿Y tú me amarás siempre?

—Psé... ¿Cómo saberlo? Si te portas como una linda y dulce gatita...

—¡Me olvidaba! ¿Qué vamos a hacer con «Salomé»?

—¿Y yo qué sé? Le diremos a Ronald que se la regale a alguien... ¡Al demonio con «Salomé»! A mí sólo me interesa una gatita: tú.

—¿Yo soy una gatita? —Casi ronroneó Arlene.

—Vaya que sí... Una linda gatita que va a tener una larguísima luna de miel... Tengo treinta y cuatro días, más cuatro que nos quedan de vacaciones en el mar, y que no cuentan... Por cierto —se sobresaltó de pronto—: ¿no es hoy tu cumpleaños?

—Sí... Oh, sí, no lo recordaba.

—Vaya... Mil felicidades, señora Lorigan, dulce gatita en larga luna de miel... Y mientras tanto, Potters ya debía haber recibido el siguiente mensaje:

«No invitaciones boda celebrada por capitán *Oceanic* empiezo vacaciones luna de miel en París besos, *Ramsey*».

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

